



Kelly Link

A mí no me engañas

ePub r1.1

Castroponce 27.05.2019

Título original: *Get in Trouble*
Kelly Link, 2015
Traducción: Maia Figueroa Evans
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r2.1



LOS DEL VERANO

Se despertó mientras su padre la rociaba como a una planta marchita, pulverizador en mano.

—Fran —decía él—. Fran. Despierta, cariño. ¡Arriba!

Fran tenía gripe, aunque en realidad parecía que la gripe la tenía a ella, que la había secuestrado. En consecuencia, llevaba tres días faltando a clase. La noche anterior se había tomado tres comprimidos antigripales con antihistamínico y se había quedado dormida en el sofá mientras en la tele un señor lanzaba cuchillos. Tenía la cabeza como forrada de fieltro y mocos, y la cara mojada de fertilizante aguado.

—¡Para! —pidió con voz ronca—. Ya estoy despierta.

Le entró un ataque de tos tan fuerte que tuvo que sujetarse los costados antes de poder incorporarse. Su padre no era más que una silueta oscura en una habitación llena de sombras, pero su mero volumen era un mal presagio. Aunque el sol aún no se había asomado a la cima de las montañas, había luz en la cocina y también una maleta junto a la puerta. Sobre la mesa, un plato de huevos revueltos. Fran estaba hambrienta.

El padre continuó hablando:

—Voy a estar fuera un tiempo. Una semana o puede que tres; más no. Mientras tanto, tendrás que cuidar de los del verano. Este fin de semana vendrán los Roberts, así que mañana o pasado tendrás que hacerles la compra. Que no se te olvide mirar la fecha de caducidad de la leche y cambiar las sábanas de todas las camas. He dejado las fechas de todas las casas sobre la encimera, y la gasolina que hay en el coche debería bastar para hacer las rondas.

—Espera —dijo Fran; todas las palabras le dolían—. ¿Adónde vas?

Él se sentó en el sofá a su lado y se sacó algo de debajo. Se lo mostró: uno de los viejos juguetes de Fran, el huevo mono.

—Ya sabes que estos cacharros no me gustan. ¿Tanto te costaría guardarlos?

—Hay muchas cosas que a mí no me gustan —repuso Fran—. ¿Adónde vas?

—A un grupo de oración de Miami que he encontrado en internet —dijo su padre.

Se le acercó y le puso la mano en la frente. La tenía tan fresca que su tacto reconfortante hizo que a Fran le llorasen los ojos.

—Ya no estás ardiendo.

—Lo que sí sé es que tu deber es quedarte aquí y cuidar de mí —le advirtió Fran—. Eres mi papi.

—Pero ¿cómo voy a cuidar de ti si no estoy bien? Ya sabes las cosas que he hecho.

Fran no lo sabía, pero se lo imaginaba.

—Anoche saliste —le dijo—. Estuviste bebiendo.

—No hablo de anoche, hablo de toda la vida.

—Pero... —protestó Fran, y tosió de nuevo.

Estuvo tosiendo tanto rato y tan fuerte que vio chiribitas. A pesar de lo mucho que le dolían las costillas y de que tan pronto como conseguía aspirar una buena bocanada de aire la tosía, las cápsulas que había tomado hacían que todo pareciera tan placentero que su padre podría haber estado recitando poesía. Se le cerraban los ojos. A lo mejor más tarde, cuando se despertase, él le haría el desayuno.

—Si alguien pasa por aquí, diles que me he ido. Fran, el hombre que te diga que conoce la hora y el día, o es un mentiroso o un necio. Lo único que se puede hacer es estar preparado.

Le dio una palmadita en el hombro y le acomodó la colcha alrededor de las orejas. Cuando despertó de nuevo, era después de mediodía y hacía horas que su padre había partido. Tenía treinta y nueve de fiebre. El pulverizador para plantas le había provocado un sarpullido en las mejillas.

El viernes Fran fue a clase. Desayunó una cucharada de crema de cacahuete y cereales sin leche, y, al pararse a pensar, no recordaba cuándo había comido por última vez. Salió a la carretera a coger el autobús del instituto y la tos asustó a los cuervos.

Se pasó las tres primeras clases, incluyendo la de cálculo, cabeceando; hasta que tuvo tal ataque de tos que la profesora la mandó a la enfermería. Sabía que lo más probable era que la enfermera quisiera llamar a su padre y enviarla a casa, y eso podía desembocar en problemas. Pero de camino a la consulta Fran se encontró con Ophelia Merck. Estaba de pie junto a su taquilla.

Ophelia Merck tenía coche propio: un Lexus. Su familia era una de las que solía pasar allí el verano, pero ahora vivían todo el año en la casa que tenían en Horse Cove, junto al lago. Tiempo atrás, Fran y ella habían pasado las tardes de todo un verano jugando con sus Barbies mientras el padre de Fran retiraba nidos de avispas con humo, retocaba la pintura de los paneles de cedro o derribaba vallas viejas. No se habían vuelto a tratar desde entonces, a pesar de que en más de una ocasión el padre le había llevado un par de bolsas grandes de ropa de Ophelia, que Fran heredaba. Algunas de las prendas aún tenían la etiqueta colgada.

Al final dio un estirón y así se acabó lo de las bolsas, pues Ophelia era menuda. Según Fran, en otros aspectos tampoco había cambiado mucho: seguía siendo guapa, tímida, mimada y hacía todo lo que le decías. Corría el rumor de que su familia había decidido marcharse de Lynchburg y vivir todo el año en Robbinsville cuando una

profesora la pilló en el baile del instituto besándose en el baño con otra chica. O eso o al señor Merck lo habían suspendido por malas prácticas. De hecho, ésta era la otra teoría: escoge la que más te guste.

—Ophelia Merck —dijo Fran—. Necesito que me acompañes a la enfermería. Tengo que ir a ver a Tannent y sé que me va a mandar a casa. Alguien tendrá que llevarme.

Ophelia abrió la boca y la volvió a cerrar. Asintió con la cabeza.

Le había vuelto a subir la fiebre a treinta y nueve, así que la enfermera le dio un justificante para ausentarse del recinto escolar y otro a Ophelia.

—No sé dónde vives —comentó ésta.

Estaban en el aparcamiento y buscaba las llaves del coche.

—Toma la carretera 129.

Ophelia asintió.

—Está subiendo por Wild Ridge, más allá del coto de caza. —Se recostó en el reposacabezas y cerró los ojos—. Ay, mierda. Se me había olvidado: ¿podemos pasar primero por la tienda? Tengo que preparar la casa de los Roberts.

—Supongo que sí.

En la tienda, Fran cogió leche, huevos, pan de molde integral y embutidos para los Roberts. Para ella, paracetamol y medicinas para el catarro, además de una botella de zumo de naranja recién exprimido, burritos para calentar en el microondas y unos gofres.

—Ponlo en la cuenta —le dijo a Andy.

—Me han dicho que la otra noche tu papi se metió en un lío.

—Ah, ¿sí? Ayer por la mañana se fue a Florida. Dice que tiene que hacer las paces con Dios.

—Yo diría que no es precisamente con él con quien tiene que hacer las paces —contestó Andy.

Fran se apretó la palma de la mano contra el ojo, que le ardía.

—¿Qué ha hecho?

—Nada que no se arregle con buenos modales y un poco de unto. Dile que ya lo hablaremos cuando vuelva.

La mitad de las veces que su padre se daba a la bebida, Andy y su primo Ryan tenían algo que ver, por mucho que aquél fuese un condado seco. En la furgoneta que aparcaba detrás de la tienda, Andy tenía toda clase de bebidas alcohólicas esperando a todo el que las quisiera y supiera a quién preguntar. Lo bueno lo traía de Andrews, el condado vecino; pero lo mejor era lo que hacía el padre de Fran. Todo el mundo decía que sus brebajes eran demasiado buenos para ser estrictamente naturales. Y no les faltaba razón. Cuando no estaba reconciliándose con Dios, se metía en toda clase de líos, así que Fran supuso que en aquella ocasión se habría comprometido a suministrar algo y Dios no le iba a permitir cumplir su promesa.

—Vale, ya se lo diré.

Ophelia estaba leyendo la lista de ingredientes de una chocolatina, pero Fran sabía que no se le escapaba detalle de la conversación.

—Que me estés haciendo un favor no significa que te tengas que enterar de mis asuntos —le dijo cuando llegaron al coche.

—Vale —respondió Ophelia.

—De acuerdo. Bien. Igual me podrías acercar a casa de los Roberts. Está en...

—Ya sé dónde está —dijo Ophelia—. Mi madre estuvo allí todo el verano jugando al bridge.

Los Roberts guardaban la llave de repuesto debajo de una roca de mentira, igual que todo el mundo. Ophelia se quedó frente a la puerta, como esperando a que la invitase a entrar.

—Venga, entra —la instó Fran.

No se podía decir mucho de la casa de los Roberts: abundante tela de cuadros escoceses y gran profusión de jarras con forma de personajes famosos y figuras de perros en distintas fases de la caza: olisqueando, señalando la presa o trotando con ella sujeta suavemente entre las fauces.

Fran hizo las camas de las habitaciones más pequeñas y pasó la aspiradora a toda prisa por la planta baja, mientras Ophelia se encargaba del dormitorio principal y de la araña que se había construido un hogar en la papelera. Se la llevó afuera y Fran no tuvo ánimos para mofarse de ella por eso. Fueron de estancia en estancia comprobando que había bombillas en todas las lámparas y que la televisión por cable funcionaba. Mientras trabajaban, Ophelia canturreaba; las dos estaban en el coro y, sin darse cuenta, Fran se puso a evaluar su voz. Soprano: cálida y luminosa al mismo tiempo; mientras que Fran era una contralto muy dada a los gallos, incluso cuando no tenía gripe.

—Basta ya —dijo en voz alta, y Ophelia se detuvo y la miró—. No, tú no.

Abrió el grifo de la cocina y esperó hasta que el agua salió clara. Estuvo tosiendo un buen rato y escupió en el desagüe. Eran casi las cuatro.

—Ya está todo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ophelia.

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Venga, que te llevo a casa —dijo Ophelia—. ¿Hay alguien? Lo digo por si te pones peor.

Fran no se molestó en contestar, pero, en algún lugar entre las taquillas del instituto y el dormitorio de los Roberts, Ophelia parecía haber decidido que ya habían roto el hielo. Le habló sobre un programa de televisión y sobre la fiesta del sábado a la que ninguna de las dos iba a asistir, y Fran empezó a sospechar que en otra época, en Lynchburg, Ophelia había tenido amigos. Se quejaba de los deberes de cálculo, le contó que se estaba tejiendo un jersey y le recomendó una banda de roqueras que quizá le gustase. Incluso se ofreció a grabarle un disco. Según iban atravesando los campos, no paraba de exclamar:

—Es que no me acostumbro. Me refiero a vivir aquí todo el año —aclaró Ophelia—. Ya sé que llevamos aquí doce meses, pero... es que ¡es todo tan bonito! Es como estar en otro mundo, ¿no te parece?

—No sé —respondió Fran—. Nunca he salido de aquí.

—Oh —contestó Ophelia sin que la réplica la afectase demasiado—. Bueno, te lo digo yo: esto es una preciosidad. Todo es tan bonito que casi duele mirarlo. Me encantan las mañanas, cuando la niebla lo cubre todo. ¡Y los árboles! Y en las carreteritas, a cada curva hay una cascada. O un prado lleno de flores. Por no hablar de las hondonadas, como decís vosotros. —Fran oyó las comillas invisibles que abarcaban la palabra—. No sabes qué vas a ver ni con qué te vas a encontrar hasta que estás allí mismo, en mitad de toda esta belleza. ¿Vas a solicitar plaza en la universidad para el año que viene? Yo estoy pensando en hacer Veterinaria; no puedo más con las clases de lengua y literatura. Animales grandes, nada de perritos falderos ni de cobayas. A lo mejor voy a California.

—Nosotros no somos de los que van a la universidad.

—Oh —respondió Ophelia—. Pues tú eres mucho más lista que yo, que lo sepas. Por eso pensaba que...

—Gira aquí —dijo Fran—. Ve con cuidado, que no está asfaltado.

Subieron por el camino que discurría por entre los arbustos de laurel hasta llegar a la pequeña pradera con el riachuelo sin nombre. Fran oyó suspirar a Ophelia, que debía de estar haciendo lo posible por no comentar lo hermoso que era el paisaje. Y vaya si lo era. Fran lo sabía. La casa estaba prácticamente escondida, como una novia tras un velo de enredaderas: *Clematis virginiana* y madreselva; montones de rosales trepadores de flores rosas y blancas que ocupaban todo el porche y amenazaban con hundir el tejado. Abejorros de patas acorazadas con polvo dorado zigzagueaban entre la hierba; un poco más de polen y no serían capaces de volar.

—Es vieja —dijo Fran—. Necesita un tejado nuevo. Mi bisabuelo la compró por catálogo. Unos hombres subieron la montaña con las piezas y los cherokees que aún no se habían marchado vinieron a ver cómo la construían.

Se sorprendía de sí misma: lo siguiente iba a ser invitarla a dormir a casa.

Abrió la puerta del coche, se bajó como pudo y cogió la bolsa de la compra. Antes de poder agradecerse, Ophelia ya había salido del vehículo.

—¿Sería...? —preguntó, titubeante—. ¿Te importa si entro un momento al baño?

—Sólo tenemos un retrete en el patio de atrás —dijo Fran con cara de póquer, pero enseguida capituló—: Bueno, venga; es un baño normal y corriente. Pero es que no está muy limpio.

Cuando entraron en la cocina, Ophelia no dijo nada; no obstante, Fran la vio fijarse en todo: los platos acumulados en el fregadero, la almohada y la colcha raída en el sofá hundido. Las montañas de ropa sucia junto a la lavadora que había en la cocina. Los huecos de la ventana por donde se habían colado los zarcillos de las enredaderas.

—Me imagino que te hará gracia que mi padre y yo nos ganemos la vida cuidando de las casas de los demás pero que la nuestra esté hecha unos zorros.

—No, estaba pensando que tendría que haber alguien que cuidara de ti —contestó Ophelia—. Al menos mientras estés enferma.

Fran se encogió de hombros.

—Me las apaño sola —dijo—. El baño está por ese pasillo.

Cuando se quedó a solas, se tomó dos cápsulas antigripales con el último trago de ginger ale que había en la nevera. Se había quedado sin gas, pero seguía frío. Se tumbó en el sofá, se tapó hasta las cejas con la colcha y se acurrucó entre los cojines, que estaban llenos de bultos. Le dolían las piernas y tenía las mejillas ardiendo y los pies helados.

Un minuto más tarde, Ophelia se sentó a su lado.

—Ophelia —le dijo—, te agradezco mucho que me hayas acompañado a casa y que me hayas ayudado en casa de los Roberts, pero no me gustan las chicas. No te pongas bollera conmigo, ¿vale?

—Te he traído un vaso de agua. Tienes que tomar líquidos.

—Mmm —dijo Fran.

—¿Sabes qué?, un día tu padre me dijo que yo iría al infierno. Estaba en mi casa haciendo no sé qué; arreglando una tubería que había reventado o algo así. No sé ni cómo lo sabía porque creo que ni siquiera yo tenía ni idea. Todavía no. Después de decirme eso, no te trajo más a jugar conmigo, pero yo nunca se lo conté a mi madre.

—Mi padre piensa que todo el mundo va a ir al infierno —respondió Fran desde debajo de la colcha—. A mí me da igual donde me toque ir, mientras sea lejos de aquí y él no esté.

Ophelia se quedó callada un par de minutos, pero, como tampoco se marchaba, al final Fran asomó la cabeza. Ophelia tenía uno de sus juguetes en la mano: el huevo mono. Le estaba dando vueltas.

—Dame —dijo Fran—, que te enseñe cómo funciona.

Dio cuerda al huevo con la llave de filigrana y lo posó en el suelo. El juguete empezó a vibrar furiosamente. Como un resorte, del hemisferio inferior salieron un par de patas y una cola de escorpión hechas de latón repujado, y el huevo se tambaleó de aquí para allá sobre ellas mientras la cola articulada se enroscaba y se estiraba. Se abrieron un par de portillas en la parte superior y salieron dos brazos que tamborilearon la cúpula del huevo hasta que ésta hizo clic y se abrió. De dentro emergió la cabeza del mono con un trozo de cáscara a modo de sombrero. Abría y cerraba la boca con su cháchara frenética y entornaba los ojos, que estaban hechos con una piedra de granate de color rojo. Los brazos describían círculos cada vez más grandes en el aire, hasta que se le acabó la cuerda y todas las extremidades se retrajeron al interior.

—¿Qué diantres...?! —exclamó Ophelia.

Recogió el huevo y resiguió el contorno de las piezas con el dedo.

—Es un recuerdo de familia —explicó Fran.

Sacó el brazo de debajo de la colcha, cogió un pañuelo de papel y se sonó la nariz por vez número mil.

—No se lo hemos robado a nadie, si eso es lo que piensas.

—No —dijo Ophelia, y frunció el ceño—. Es que nunca he visto nada igual. Es como un huevo Fabergé; debería estar en un museo.

Había muchos juguetes más: el gato risueño y el elefante que bailaba vals; el cisne al que se le daba cuerda para que persiguiese al perro. Y otros con los que Fran no jugaba desde hacía años. La sirena que se peinaba las piedras preciosas del pelo. Baratijas para críos, las llamaba su madre.

—Ahora me acuerdo... Cuando venías a jugar a mi casa, un día trajiste un pececito plateado. Era más pequeño que mi dedo meñique, y cuando lo metimos en la bañera no paraba de nadar. También tenías una cañita de pescar y un gusano dorado que se retorció en el anzuelo. Me dejaste pescarlo, y cuando lo conseguí hablé. Me dijo que si lo soltaba me concedería un deseo.

—Pediste dos pedazos de tarta de chocolate.

—Y luego mi madre hizo una, ¿verdad? —dijo Ophelia—. El deseo se hizo realidad, pero sólo me pude comer un trozo. A lo mejor ya sabía que la iba a preparar, pero ¿para qué pedir lo que ya me iban a dar?

Fran no decía nada; estaba mirando a Ophelia con los ojos entornados, como a través de una rendija.

—¿Todavía tienes el pececito?

—Sí, está por ahí. El mecanismo dejó de funcionar y ya no concedía deseos. Creo que no me importó, porque tenían que ser deseos pequeños.

—Jaja. —Ophelia se levantó—. Mañana es sábado. Vendré por la mañana para asegurarme de que estás bien.

—No hace falta.

—Ya lo sé. Pero vendré igualmente.

Según dijo el padre de Fran un día que estaba borracho, antes de iluminarse con la religión, cuando haces por los demás cosas que podrían hacer ellos mismos pero te pagan por hacerlas, los dos os acostumbráis.

Otras veces no te pagan y eso se llama caridad. Al principio la caridad es incómoda, aunque luego deja de serlo. Después de una temporada, tal vez empieces a sentirte mal si no haces por ellos una cosa más y después otra más y otra y otra. Puede incluso que pienses que eso te hace inestimable, porque te necesitan. Y cuanto más te necesiten, más los necesitas tú. La balanza se desequilibra. No lo olvides, Franny. A veces estás en un lado de la ecuación y otras, en el lado opuesto: debes saber dónde estás y si debes algo. A menos que consigas restablecer el equilibrio, así es como quedará la cosa.

Fran, hasta las cejas de medicina para el catarro, febril y sola en la casa que su bisabuelo compró por catálogo y que se escondía tras un velo de rosas, soñó —como todas las noches— con escapar. Se despertaba cada dos horas deseando que alguien le trajera otro vaso de agua, se le empapó la ropa de sudor, se quedó fría y después volvió a sudar como una caldera.

Aún estaba en el sofá cuando llegó Ophelia y llamó con los nudillos en la mosquitera.

—¡Buenos días! O mejor dicho, buenas tardes. Bueno, ya es mediodía. Te he traído naranjas para hacer zumo y, como no sabía si prefieres las salchichas o el beicon, te he cogido un bollo de cada.

Fran se incorporó con gran esfuerzo.

—¡Fran! —exclamó Ophelia, y se quedó de pie frente al sofá con un bollo con forma de cabeza de gato en cada mano—. ¡Qué mala cara tienes! —Le rozó la frente con los nudillos—. Menuda fiebre. Ya sabía yo que no tendría que haberte dejado sola. ¿Qué hago? ¿Te llevo a urgencias?

—Nada de médicos —pidió Fran—. Querrán saber dónde está mi padre. ¿Agua?

Ophelia salió corriendo hacia la cocina.

—Necesitas antibióticos. O algo, no sé. ¿Fran?

—Toma esto.

Cogió una factura de un montón de correo que había en el suelo y sacó el sobre franqueado. Se arrancó tres pelos de la cabeza, los metió dentro, lo lamió y lo cerró.

—Lleva esto hasta donde la carretera se cruza con el canal —dijo—. Arriba del todo.

Tosió y algo seco se le agitó dentro de los pulmones como si fuera un sonajero.

—Cuando llegues a la casa grande, ve por la parte de atrás y llama a la puerta. Di que te envío yo. Tú no verás a nadie, pero sabrán que vas de mi parte. Después de llamar, entra. Sube directamente al piso de arriba. Pero ¡directamente! Y mete el sobre por debajo de la puerta. La tercera bajando el pasillo, ya sabrás cuál. Luego esperas en el porche y me traes lo que te hayan dado.

Ophelia la miró como si estuviera delirando.

—Ve —insistió Fran—. Si no hay ninguna casa o si la que hay no es la que te digo, vuelve y dejaré que me lleves a urgencias. O si la encuentras, te entra el canguelo y no eres capaz de hacer lo que te pido, vuelve e iremos al hospital. Pero si haces lo que te digo, será como lo del pececito.

—¿Como lo del pececito? —preguntó Ophelia—. No te entiendo.

—Ya lo verás. Atrévete —dijo Fran esforzándose por parecer alegre—. Como las chicas de las baladas. Antes de irte, ¿me traes otro vaso de agua?

Ophelia se marchó.

Fran se quedó tendida en el sofá, tratando de adivinar qué estaría viendo Ophelia. De vez en cuando se llevaba una especie de catalejo al ojo: algo mucho más útil que

cualquiera de las baratijas. Lo primero que vio a través de él fue el camino, el que parecía acabar sin más. Pero, si uno se fijaba bien, la senda cruzaba el riachuelo que subía la loma y desde allí salía el canal hacia abajo. La pradera desaparecía entre los arbustos de laurel y después venían los árboles cubiertos de rosales trepadores, de modo que uno ascendía entre cortinas de rosa y blanco. Una tapia de piedra medio derruida y, por fin, la casa grande. Hecha de piedra en seco, los muros estaban tan envejecidos por el paso del tiempo como la tapia en ruinas. Tenía dos pisos, una cubierta de pizarra, un largo porche de tejado inclinado y postigos de madera tallada que dejaban a todas las ventanas ciegas. Dos manzanos retorcidos y viejos: uno cargado de fruta y el otro yermo y con la corteza plateada ennegrecida. Entre los dos, Ophelia encontró el camino de musgo que conducía a la puerta trasera; en el dintel encontró una palabra tallada en la piedra: ATRÉVETE.

Y esto es lo que Fran vio que hacía Ophelia: después de llamar a la puerta, vaciló apenas un instante y después la abrió.

—¿Hola? Me envía Fran —anunció en voz alta—. Está enferma. ¿Hola?

No contestó nadie.

Así que Ophelia respiró hondo y atravesó el umbral para adentrarse en un pasillo oscuro y abarrotado de cosas. Había una habitación a cada lado y, al final, una escalera. En la losa de piedra que tenía delante decía: ATRÉVETE. ATRÉVETE. A pesar de la invitación, Ophelia no parecía tener la tentación de investigarlas y Fran pensó que era muy sensato por su parte: había pasado la primera prueba con éxito. Lo lógico sería pensar que tras una de las puertas había un salón y que detrás de la otra, una cocina; pero te equivocarías. Una era la Habitación de la Reina y la otra lo que Fran llamaba la Habitación de la Guerra.

Las paredes del pasillo estaban cubiertas de mohosas columnas de revistas, catálogos y periódicos, enciclopedias y novelas góticas. El espacio que quedaba entre ellas era tan estrecho que hasta Ophelia, tan menuda como era, tenía que avanzar de lado. Del interior de bolsas de papel y sacos de plástico sobresalían piernas de muñecas, cubiertos de plata, trofeos de tenis, frascos de conservas, cajas de cerillas vacías y dentaduras postizas, y otros objetos mucho más insólitos. Sería normal pensar que al otro lado de sendas puertas habría aún más pilas a punto de desmoronarse y montones de trastos viejos, y no te equivocarías. Pero también había otras cosas. Al pie de la escalera, grabado en la primera contrahuella, había otro consejo para invitados como Ophelia: ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO.

Fran supo que los dueños de la casa, muy juguetones ellos, habían vuelto a las andadas. Uno había adornado la balaustrada con plumas de pavo real, guirnaldas de Navidad plateadas y hiedra. Otro había pegado a la pared con chinchetas multitud de siluetas recortadas, polaroids, ferrotipos y fotos de revistas; capa sobre capa sobre capa: cientos de ojos vigilando a Ophelia avanzar con cautela por los peldaños.

Tal vez ella no se fiase de que no estuvieran podridos, pero los escalones eran seguros. Alguien había cuidado muy bien de la casa.

Al llegar arriba descubrió que la moqueta era mullida, casi esponjosa. «Musgo —pensó Fran—. Han vuelto a cambiar la decoración. Me costará una eternidad limpiar eso». Aquí y allá afloraban setas blancas y rojas que formaban bonitos círculos sobre el musgo. También había más juguetes esperando que alguien jugase con ellos: un dinosaurio que necesitaba que le diesen cuerda y un vaquero de pega encaramado a sus hombros de latón y cobre. Cerca del techo, dos dirigibles acorazados flotaban amarrados a una lámpara con sendas cintas color escarlata. Los cañones de los zeplines funcionaban a la perfección y habían perseguido a Fran por el pasillo más de una vez; al llegar a casa había tenido que sacarse los diminutos perdigones de plomo de las espinillas con pinzas. Sin embargo, en ese momento se estaban comportando.

Ophelia pasó frente a una puerta, dos puertas, y se detuvo ante la tercera. Encima había un aviso final: ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO, NO SEA QUE EL CORAZÓN SE TE QUEDE HELADO. Posó la mano en el pomo pero no lo giró. «No tiene miedo, pero tampoco es tonta —pensó Fran—. Eso les gustará». O no.

Se agachó para meter el sobre de Fran por debajo de la puerta y en ese instante pasó algo: un objeto se deslizó desde su bolsillo y aterrizó sobre la moqueta de musgo.

Ya en el otro extremo del pasillo, se detuvo frente a la primera puerta. Parecía haber oído algo o a alguien. Música, tal vez. O una voz que pronunciaba su nombre. Una invitación. El pobre corazón dolorido de Fran se llenó de dicha: ¡les había caído bien! Pues claro que sí, ¿a quién no le caía bien Ophelia?

Bajó la escalera y pasó por entre las torres de trastos y cacharros. Salió al porche y se sentó en el balancín, pero no se columpió. Parecía estar pendiente de la casa y, al mismo tiempo, del jardincito de rocas de atrás, que enseguida se topaba con la montaña. Había hasta una cascada, y Fran esperaba que a Ophelia le gustase. Porque antes no había nada de eso: era todo en su honor, para Ophelia, que opinaba que las cascadas eran una preciosidad.

Sentada en el porche, no paraba de volver la cabeza a un lado y a otro, como si temiese que alguien se le fuera a acercar a hurtadillas por la espalda. Pero allí no había más que abejorros carpinteros que volvían con sus alforjas de oro y un picapinos que taladraba buscando larvas. Había una marmota en un claro de hierba aplastada, y, cuanto más miraba Ophelia, más cosas veían ella y Fran. Una pareja de crías de zorro durmiendo bajo un laurel. Una cierva y un cervatillo tirando de las enredaderas de los árboles más jóvenes. Hasta un oso pardo que aún conservaba mechones del pelaje del último invierno, olisqueando por encima de la loma que había junto a la casa. Mientras Ophelia se quedaba fascinada, sentada en el porche de aquella morada tan peligrosa, Fran se hizo un ovillo en el sofá; irradiaba olas de calor. Temblaba con tal violencia que le castañeteaban los dientes y se le cayó el catalejo al suelo. «Tal vez me esté muriendo —pensó Fran—, y por eso ha venido Ophelia».

Fran dormitaba y al mismo tiempo estaba atenta a la llegada de Ophelia. Quizá hubiera hecho algo mal y no le enviaran nada para ayudarla. O a lo mejor no le devolvían a Ophelia, con su bonita voz de soprano, su timidez, su amabilidad innata. Sus rizos rubio platino. Les gustaban las cosas brillantes. En cuanto a eso, eran como urracas; y en otros sentidos, también.

Pero, por fin, allí estaba ella, con los ojos como platos y la cara iluminada como un farolillo.

—Fran. Fran, despierta. He ido hasta allí y ¡me he atrevido! ¿Quién vive en esa casa?

—Los del verano —dijo Fran—. ¿Te han dado algo para mí?

Ophelia posó un objeto sobre la colcha. Como todo lo que hacían los del verano, era muy bonito: una ampolla de cristal nacarado del tamaño de un pintalabios con una serpiente esmaltada de color verde enroscada a su alrededor. La cola hacía las veces de tapón. Fran tiró de ella y se desenroscó. De la boca del frasquito salió una pequeña vara y se desenrolló una tira de seda con una leyenda bordada: «Bébeme».

Ophelia contemplaba con los ojos brillantes de tantas maravillas.

—Me senté a esperar y ¡vi dos cachorros de zorro! Se acercaron al porche y arañaron la puerta hasta que se abrió. ¡Entraron tan campantes! Luego salieron y uno de ellos llevaba la botella en la boca; me la dejó a los pies y se marcharon tan contentos hacia el bosque. Fran, ha sido como un cuento de hadas.

—Sí —convino Fran.

Se llevó la ampolla a la boca y se bebió el contenido. Tosió, se pasó el dorso de la mano por los labios y después se la lamió.

—Me refiero a que cuando la gente dice que algo es como un cuento de hadas —aclaró Ophelia—, lo que quieren decir es que alguien se ha enamorado y se ha casado. Que serán felices para siempre. Pero esa casa, esos zorros, son un cuento de verdad. ¿Quiénes son los del verano?

—Así es como los llama mi padre —explicó Fran—. Menos cuando se pone religioso y le da por decir que son demonios que han venido a robarle el alma. Es porque le suministran bebida. Aunque él nunca ha tenido que cuidar de ellos: lo hacía mi madre. Y ahora que ella se ha ido, sólo me ocupo yo.

—¿Cuidas de ellos? —preguntó Ophelia—. ¿Te refieres a los Roberts?

Una ola de tremendo bienestar inundó a Fran. Por primera vez en varios días tenía los pies calientes y la garganta bañada en bálsamo y miel. Ni siquiera sentía la nariz tan irritada y roja.

—Ophelia...

—Dime.

—Creo que me voy a poner bien —dijo Fran—. Y eso es algo que tú has hecho por mí. Has sido valiente y una verdadera amiga, y ahora tengo que pensar cómo

devolverte el favor.

—No he sido... —protestó Ophelia—. Quiero decir que me alegro de haberlo hecho, de que me lo pidieras. Prometo que no se lo contaré a nadie.

«Si lo contaras, te arrepentirías», pensó Fran, pero no dijo nada.

—Ophelia, necesito dormir. Después, si quieres, podemos hablar. Si te apetece, te puedes quedar mientras duermo. Pero sólo si quieres. No me importa que seas lesbiana. Hay gofres en la encimera y los dos bollos que has traído. A mí me gustan los de salchicha; el de beicon te lo puedes comer.

Y se quedó dormida antes de que Ophelia tuviera tiempo de contestar.

Lo primero que hizo al despertarse fue prepararse un baño. Se pasó revista frente al espejo: el pelo lacio, grasiento y más enredado que la melena de una bruja; además tenía ojeras, y cuando sacó la lengua vio que estaba amarilla. Una vez limpia y vestida, observó que los vaqueros le quedaban flojos y se le notaban todos los huesos.

—Podría comerme un burro —le confesó a Ophelia—, pero de momento me conformo con una cabeza de gato y un par de gofres.

Había zumo de naranja natural que Ophelia había servido en una jarra de cerámica. Fran prefirió no comentarle que a veces su padre la usaba de escupidera.

—¿Te importa si te hago preguntas sobre ellos? —inquirió Ophelia—. Sobre los del verano.

—No creo que pueda responder a todas tus preguntas, pero adelante.

—Cuando llegué allí y entré, pensé que debía de tratarse de una de esas personas que se confinan en casa. Alguien con síndrome de Diógenes. Lo he visto en la tele y a veces guardan hasta su propia caca. Y gatos muertos. Es horrible...

»Pero la cosa fue poniéndose cada vez más rara y, sin embargo, yo no tuve miedo. Me daba la sensación de que allí dentro había alguien y que se alegraban de verme.

—No suelen tener mucha compañía —explicó Fran.

—Sí, bueno..., entonces, ¿por qué acumulan todas esas cosas? ¿De dónde ha salido todo?

—Pues algunas cosas son de catálogos. Me mandan a la oficina de correos a recoger los paquetes. Otras veces se ausentan un tiempo y cuando vuelven traen cacharros. O me dicen lo que necesitan y yo se lo consigo. En general son cosas baratas de las tiendas de beneficencia, aunque una vez tuve que comprar cincuenta kilos de tuberías de cobre.

—¿Por qué? O sea, ¿qué hicieron con ellas?

—Cosas —respondió Fran—. Mi madre los llamaba «los mañosos». No sé qué hacen con todos los trastos, pero regalan cosas. Como juguetes, por ejemplo. Les gustan los niños. Y si haces algo por ellos, están en deuda contigo.

—¿Los has visto alguna vez?

—Sí, de vez en cuando. Pero no muy a menudo. La última vez era más pequeña: son muy tímidos.

Ophelia estaba prácticamente botando en la silla.

—¿Y tú cuidas de ellos? ¡Eso es alucinante! ¿Siempre han vivido allí?

Fran vaciló.

—No sé de dónde vienen y no están siempre allí. A veces están... en otra parte. Mi madre decía que le daban lástima, porque creía que no podían volver a su casa, que quizá los habían echado de algún sitio, como a los cherokees. Viven muchos más años; a lo mejor para siempre, no lo sé. Supongo que allí de donde vienen el tiempo funciona de otro modo, porque a veces desaparecen durante años; pero siempre vuelven. Son gente del verano. Las cosas son así con los que vienen en verano.

—Igual que nosotros, que nos íbamos y después regresábamos —dijo Ophelia—. Eso es lo que pensabas de mí, sólo que ahora vivo aquí.

—Pero tú te puedes ir cuando quieras —se lamentó Fran sin importarle la imagen que daba—. Yo no. Forma parte del trato: la persona que cuida de ellos tiene que quedarse aquí. No puede ir a ningún lado. No te dejan.

—¿Quieres decir que no puedes moverte de aquí? ¿Nunca?

—No —contestó Fran—. Mi madre no tuvo más remedio que quedarse aquí hasta que me tuvo a mí. Y cuando crecí lo suficiente me hice cargo de ellos. Y ella se largó.

—¿Adónde fue?

—A mí no me preguntes... —se lamentó Fran—. Le dieron una tienda de campaña: doblada no ocupa más que un pañuelo y, cuando la montas, por fuera parece que quepan dos personas, pero por dentro es harina de otro costal. Es una casita con dos camas de latón y un ropero con cajones para colgar tus cosas, y una mesa y ventanas con sus cristales. Cuando miras a través de una de ellas, ves el sitio donde has plantado la tienda, pero si te asomas a la otra, ves los dos manzanos, los que hay delante de la casa con el caminito de musgo.

Ophelia asintió.

—Pues las noches que mi padre había estado bebiendo, mi madre solía sacar la tienda para mí y para ella. Un día me pasó la responsabilidad de los del verano, y una mañana, después de haber dormido en la tienda, me desperté y la vi salir por esa ventana. La del paisaje que no debería estar ahí. Se fue por el caminito y desapareció. A lo mejor debería haberla seguido, pero no me moví del sitio.

—¿Adónde fue?

—Bueno, aquí no está... —dijo Fran—. Más no sé. Lo que tengo claro es que debo ocupar su lugar. Me imagino que no va a volver.

—No tendría que haberte dejado sola. Eso está muy feo, Fran.

—Ojalá pudiera irme aunque fuese unos días —se quejó—. Ir a San Francisco y ver el Golden Gate. Meter los pies en el Pacífico. Me gustaría comprarme una guitarra y tocar baladas antiguas en la calle. Quedarme allí una temporadita y luego seguir con mis obligaciones.

—Me encantaría ir a California —dijo Ophelia.

Se quedaron en silencio durante un minuto.

—Ojalá pudiera ayudarte. Ya sabes, con la casa y con los del verano. No es justo que lo tengas que hacer todo sola todo el tiempo.

—Ya te debo una por ayudarme con la casa de los Roberts. Y por venir a verme cuando estaba enferma y por ir a buscar ayuda.

—Es que sé lo que se siente estando sola. Cuando no puedes hablar sobre ciertas cosas. Lo digo en serio, Fran: haré lo que pueda por ayudarte.

—No dudo de que hables en serio —dijo Fran—, pero creo que no te das cuenta de lo que eso significa. Aunque, si quieres, puedes ir a la casa una vez más; porque me has hecho un favor y no sé cómo pagártelo de otro modo. Hay una habitación en la que te puedes quedar a dormir y, si lo haces, ves tu deseo más profundo. Si quieres te llevo esta noche y te la enseño. Además, creo que te dejaste algo allí.

—Ah, ¿sí? —se sorprendió Ophelia—. ¿El qué? —Rebuscó en los bolsillos—. Mierda, el iPod. ¿Cómo lo sabes?

Fran se encogió de hombros.

—Tranquila, no te lo robará nadie. Estoy segura de que estarán encantados de verte otra vez. Si no les hubieras caído bien, ya te habrías enterado.

Fran estaba ordenando el desbarajuste de la casa cuando los del verano le hicieron saber que necesitaban unas cuantas cosas.

—¿Es que no puedo estar tranquila ni tan sólo un minuto? —rezongó.

Le dijeron que había tenido cuatro días.

—Y no penséis que no os lo agradezco, teniendo en cuenta lo hecha polvo que estaba.

Aun así, dejó la sartén en remojo en el fregadero y escribió lo que le pedían.

Guardó los juguetes sin saber muy bien qué le había hecho sacarlos. Quizá había sido porque siempre que se ponía enferma se acordaba de su madre. Eso no tenía nada de malo.

Cuando Ophelia volvió a las cinco llevaba el pelo recogido en una coleta y una linterna y un termo en el bolsillo, como si se creyera Lara Croft.

—Aquí arriba oscurece muy pronto —dijo—. Es como si fuera Halloween o algo así, como si me llevaras a una casa encantada.

—No son fantasmas —dijo Fran—. Ni demonios ni nada parecido. A menos que los fastidies, no hacen nada. Y si los haces enfadar, te hacen alguna perrería y tan amigos.

—¿Como qué?

—Una vez estaba fregando los platos y rompí una taza de té. Se te acercan sin que te enteres y te pellizcan. —Aún tenía marcas en los brazos a pesar de no haber roto un plato desde hacía años—. Últimamente han estado haciendo como todo el mundo

en estos lares: recrear batallas. Han montado un campo de batalla en la sala grande de la planta baja, pero no es la Guerra entre Estados. Supongo que será una de las suyas. Han construido dirigibles y sumergibles y dragones mecánicos con sus caballeros y toda clase de juguetitos con los que luchar. A veces, cuando se aburren, me hacen ir para que les haga de público; sólo que no siempre se fijan mucho en hacia dónde apuntan con los cañones.

Miró a Ophelia y supo que estaba hablando demasiado.

—Bueno, es que están acostumbrados a mí y saben que no tengo más remedio que aguantar sus travesuras.

Esa tarde había tenido que conducir hasta Chattanooga para ir a una tienda de segunda mano en particular. La habían enviado a por un reproductor de DVD usado, un equipo de equitación y todos los bañadores que pudiera comprar. Entre eso y la gasolina, se había gastado setenta dólares. Y durante todo el viaje la luz de aviso del salpicadero había estado encendida. Pero al menos no era entre semana y no tenía que ir a clase: no era fácil explicar que habías hecho campana porque las voces de dentro de tu cabeza te habían dicho que necesitaban una silla de montar.

Había ido hasta allí y después lo había llevado todo a la casa, sin decirle nada a Ophelia porque no hacía falta molestarla con eso. Había encontrado el iPod descansando justo delante de la puerta.

—Toma, te he traído esto.

—¡Mi iPod! —exclamó Ophelia, y le dio la vuelta—. ¿Esto lo han hecho ellos?

El aparato pesaba más que antes. En lugar de la funda de silicona rosa tenía una de nogal con incrustaciones de ébano y metal.

—Una libélula.

—Un caballito del diablo. Así los llama mi padre.

—¿Lo han hecho para mí?

—Te adornarían una chaqueta vaquera con pedrería si te la dejases en su casa. En serio, lo tienen que tocar todo.

—¡Qué guay! —dijo Ophelia—. Aunque mi madre no se lo va a tragar cuando le diga que la he comprado en el centro comercial.

—No lles nada de metal —le advirtió Fran—. Nada de pendientes, ni siquiera las llaves del coche, o cuando te despiertes las habrán fundido para hacer armaduras para muñecas y vete a saber qué más.

Al llegar a donde la carretera se cruza con el riachuelo, se quitaron los zapatos. El agua aún estaba fría por los restos del deshielo.

—Creo que tendría que haberles traído un regalo —dijo Ophelia.

—Podrías coger unas flores silvestres —respondió Fran—. Aunque estarían igual de contentos con carroña.

—¡¿Roña?!

—No, cualquier bicho muerto de la carretera. Pero la roña también vale.

Ophelia hizo girar la ruedecilla del iPod.

—Aquí hay canciones que no tenía antes.

—Sí, también les gusta la música.

—¿Qué me decías de ir a San Francisco a tocar en la calle? —preguntó Ophelia

—. Yo no me imagino haciendo eso.

—Bueno, no lo voy a hacer nunca, pero sí me lo imagino.

Cuando llegaron a la casa había ciervos pastando en el jardín. La última luz de la tarde rozaba los manzanos, el vivo y el muerto, y de las vigas del porche colgaban hileras de farolillos chinos.

—Hay que aproximarse a la casa por entre los dos árboles —dijo Fran—, por el camino. De lo contrario, ni te acercas. Y yo solamente uso la puerta de atrás.

Llamó a la puerta. ATRÉVETE. ATRÉVETE.

—Soy yo. Y Ophelia, la que se dejó el iPod.

Vio que Ophelia abría la boca, y se apresuró a hablar:

—¡No! No les gusta que les den las gracias. Para ellos es como veneno. Adelante, *güelcom*. Ven, que te enseñe la casa.

Cruzaron el umbral, Fran por delante.

—Atrás está el lavadero donde hago la colada. Hay un horno antiguo de piedra para cocinar y una barbacoa, aunque no sé por qué: no comen carne. De todos modos, supongo que eso te da igual.

—¿Qué hay en esta habitación? —quiso saber Ophelia.

—Ehh... Bueno, más que nada, hay un montón de cacharros. Les gusta acumular cosas. Pero por ahí dentro, en el fondo, está lo que yo creo que podría ser la reina.

—¿Una reina?

—Yo la llamo así. Como en las colmenas, que en uno de los panales está la reina y el resto de las abejas la atienden.

»Por lo que yo sé, eso es lo que hay ahí. Es muy grande y no muy guapa que digamos, y siempre están entrando y saliendo con comida para ella. Creo que aún no ha crecido del todo. Llevo un tiempo pensando en lo que decía mi madre, que los habían echado de algún sitio. Porque las abejas también lo hacen, ¿verdad? Cuando hay demasiadas reinas, se van y fundan otra colmena.

—Creo que sí.

—La reina es de donde saca mi padre la bebida, y a él no le da guerra ninguna. Tienen una especie de alambique montado ahí dentro y, de vez en cuando, si no está muy por la labor de ser cristiano, entra y les quita un poquitín de nada. Es exageradamente dulce.

—¿Nos están... nos están escuchando?

A modo de respuesta se oyeron unos clics que venían de la Habitación de la Guerra. Ophelia se sobresaltó.

—¿Qué es eso?

—¿Te acuerdas de lo que te dije de que les había dado por recrear batallas? No te asustes: es genial.

Y le dio un pequeño empujón para que entrase en la Habitación de la Guerra.

De todas las de la casa, ésa era la preferida de Fran, por mucho que a veces la bombardeasen desde los dirigibles o disparasen los cañones sin preocuparse demasiado de dónde estaba ella. Las paredes estaban hechas de estaño y cobre batidos, pedacitos de chatarra sujetos con clavos. En el suelo había materiales moldeados que representaban montañas a escala, bosques y llanos en los que ejércitos en miniatura libraban desesperadas batallas. Junto al gran ventanal, había una piscinita hinchable con una máquina que hacía olas. Allí estaban los barquitos y los submarinos, y de vez en cuando una de las naves se hundía y salían los cadáveres flotando hasta el borde de la piscina. Tenían hasta una serpiente marina hecha de tubos y anillas metálicas que nadaba haciendo círculos eternos; y, hacia la puerta, un río de aguas mansas que, además de apestar, corría rojo y teñía las orillas. Los del verano no paraban de construir puentes en miniatura y de hacerlos volar por los aires.

En lo alto estaban las fantásticas siluetas de los dirigibles y de los dragones, que colgaban de cordeles, surcando el aire a perpetuidad. También había un globo rodeado de neblina, pero Fran no había conseguido averiguar cómo estaba colgado ni de dónde venía la luz que irradiaba; solía quedarse varios días cerca del techo pintado para luego bajar hasta el mar de plástico, dependiendo de algún calendario particular de los del verano.

—Una vez estuve en una casa —dijo Ophelia—, de un amigo de mi padre. Creo que era anestesiólogo. En el sótano tenía una maqueta de tren que ni te imaginas lo enrevesada que era; pero si él viese esto, se moriría de envidia.

—Creo que allí hay una reina —le contó Fran—, rodeada de sus caballeros. Y allí otra, pero mucho más pequeña. Me pregunto quién ganaría.

—A lo mejor la batalla no ha empezado. O están luchando ahora.

—Es posible. Ojalá hubiera un libro que contase todo lo que está pasando. Venga, vamos, que te enseñe la habitación en la que vas a dormir.

Subieron la escalera. ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO. La moqueta de musgo del primer piso se veía ya un poco desgastada.

—La semana pasada estuve un día entero de rodillas, fregando las tablas de madera. Y lo siguiente que se les ocurre es poner un montón de tierra encima. Como ellos no van a limpiarlo...

—Yo te puedo ayudar, si quieres.

—No lo he dicho para ver si colaba; pero, ya que te ofreces, acepto. La primera puerta es el baño. El váter no tiene nada de peculiar, pero de la bañera no sé nada:

nunca he sentido la necesidad de meterme dentro. —Abrió la segunda puerta—. Aquí es donde vas a dormir.

Era una habitación preciosa, decorada en tonos naranja, óxido, dorado, rosa y mandarina. Las paredes estaban forradas con recortes en forma de hoja, hechos de todo tipo de vestidos, camisetas y cualquier cosa que se te ocurra. La madre de Fran había pasado buena parte de un año entero recorriendo las tiendas de segunda mano, escogiendo las telas según los dibujos, texturas y colores. Entre las hojas nadaban serpientes y pececitos de pan de oro. Tal como Fran recordaba, cuando salía el sol, el conjunto era deslumbrante.

Sobre la cama, que tenía forma de cisne, había una estrambótica colcha de color rosa y dorado. A los pies, un baúl de sauce, para dejar la ropa. El colchón estaba relleno de plumón de cuervo; Fran había ayudado a su madre a cazarlos y desplumarlos. Debían de haber matado un centenar.

—¡Vaya! —exclamó Ophelia—. No me lo puedo creer.

—Siempre me ha dado la sensación de que es como estar metida en una botella de naranjada —dijo Fran—, pero para bien.

—Me gusta la naranjada. Pero esto es como del espacio exterior.

Sobre la mesita de noche había una pila de libros. Como todo lo demás, los habían escogido por los colores de las solapas. La madre de Fran le contó una vez que aquel cuarto había sido de otro color: ¿verde y azul, tal vez? O sauce y pavo real y del color de la medianoche. Se preguntó quién habría traído todas las cosas para decorarla cuando fue de esos tonos. A lo mejor había sido el bisabuelo de Fran o alguien que estuviera incluso más arriba en el árbol genealógico.

¿Quién había sido el primero en cuidar de los del verano? Su madre nunca fue muy generosa con las historias, y Fran sólo conocía algún episodio de aquí y de allá.

En cualquier caso, era difícil saber qué le gustaría oír a Ophelia y qué la angustiaría. A Fran, después de tantos años, todo el asunto le parecía agradable y perturbador a partes iguales.

Finalmente, le hizo una advertencia:

—Ni se te ocurra abrir la puerta por donde metiste el sobre que te di. No debes entrar allí jamás.

—Como Barba Azul.

—Por ahí es por donde van y vienen. La verdad es que creo que ni siquiera ellos la abren muy a menudo.

Alguna vez había mirado a través del ojo de la cerradura y en una de esas ocasiones vio un río ensangrentado. Estaba segura de que si atravesabas la puerta, lo más probable era que no regresases.

—¿Te importa si te hago otra pregunta tonta? —dijo Ophelia—. ¿Dónde están ahora?

—Aquí. O en el bosque, persiguiendo chotacabras. Ya te he dicho que casi nunca los veo.

—Entonces, ¿cómo sabes qué necesitan que hagas?

—Se me meten en la cabeza. No sé cómo explicártelo..., pero se me meten en la mollera y me llaman la atención. Es como tener un picor muy molesto o algo así; desaparece cuando hago lo que me piden.

—Oh, Fran... No sé si los del verano me caen tan bien como yo creía.

—No siempre es tan horrible. Supongo que, más bien, es complicado.

—La próxima vez que mi madre me mande ayudarla a abrillantar la cubertería no me quejaré. ¿Nos comemos los bocadillos ahora o los guardamos para cuando nos despertemos por la noche? Estaba pensando que, seguramente, averiguar mis deseos más profundos me dará hambre.

—Yo no puedo quedarme —dijo Fran con sorpresa—. Mecachis, creía que me habías entendido bien —añadió al ver la cara de Ophelia—: esto es sólo para ti.

Ophelia seguía mirándola sin comprender.

—¿Es porque sólo hay una cama? Si quieres yo duermo en el suelo, si tienes miedo de que te vaya a tirar los trastos.

—No, no es eso. Es que no dejan que una persona duerma aquí más de una vez. Una y nada más.

—¿Me vas a dejar aquí sola?

—Sí. A no ser que prefieras volver conmigo, si tienes miedo.

—Y si me voy contigo, ¿podré volver otro día?

—No.

Ophelia se sentó sobre la colcha dorada y la alisó con la palma. Se mordió el labio sin atreverse a mirar a Fran a los ojos.

—De acuerdo, me quedo. —Se echó a reír—. ¿Cómo no me voy a quedar?

—¿Estás segura?

—No, pero si me echases no lo soportaría. Cuando tú dormiste aquí, ¿tuviste miedo?

—Un poco —reconoció Fran—. Pero la cama era cómoda y dejé la luz encendida. Leí un rato y enseguida me dormí.

—¿Viste tu deseo más profundo?

—Sí —respondió Fran, pero no dijo nada más.

—Muy bien. Supongo que tendrás que irte, ¿verdad?

—Volveré por la mañana —dijo Fran—. Antes de que te despiertes y todo.

—Gracias —contestó Ophelia.

Pero Fran no se movió del sitio.

—¿Hablabas en serio cuando decías que querías ayudarme?

—¿A cuidar de la casa? Sí, por supuesto. Deberías ir a San Francisco algún día; no es justo que tengas que quedarte aquí toda la vida sin tener vacaciones ni nada. ¡Ni que fueras una esclava!

—No sé lo que soy —admitió Fran—. Supongo que algún día tendré que averiguarlo.

—Bueno, ya lo hablaremos mañana. Durante el desayuno. Tú me cuentas lo que menos te gusta del trabajo y yo cuál es mi deseo más profundo.

—Ay, casi se me olvida: cuando te despiertes, no te sorprendas si te han dejado un regalo. Te hablo de los del verano. Será algo que ellos piensen que necesitas o que quieres, pero no estás obligada a aceptarlo. No hace falta que lo hagas por educación ni nada de eso.

—Vale. Reflexionaré sobre si realmente quiero o necesito el regalo. No dejaré que el falso glamour me ciegue.

—Muy bien. —Se inclinó sobre Ophelia y le dio un beso en la frente—. Que duermas bien, Phelia. Sueña cosas bonitas.

Fran salió de la casa sin interferencia alguna de los del verano, aunque la verdad es que no sabía si esperaba toparse con alguno de ellos. Bajando la escalera dijo en un tono mucho más fiero de lo que pretendía:

—Sed buenos con ella. No le hagáis ninguna travesura.

Entró a ver si la reina estaba bien, que estaba mudando de nuevo.

En lugar de salir por la puerta de atrás, salió por la de delante: algo que siempre había querido hacer. No pasó nada malo y caminó colina abajo con una extraña sensación de decepción. Para asegurarse de que no había olvidado nada, repasó mentalmente la lista de cosas que debía hacer. No faltaba nada: todo estaba bajo control.

Sólo que, naturalmente, no era cierto. En primer lugar, la guitarra que estaba apoyada contra la puerta de su casa. Era un instrumento precioso: le pareció que las cuerdas eran de plata, y cuando las rasgó su tono era dulce y puro, y le recordó —no le cabía duda de que estaba hecho a propósito— a la voz de Ophelia. Las clavijas eran de oro y tenían la forma de cabezas de búho. Salpicadas entre los trastes había incrustadas rosas de nácar. Era la chatarra más chabacana que le habían regalado.

—Bueno, bien —dijo Fran—, ya veo que no os importa lo que le he contado.

Se rio aliviada.

—¿Qué le has dicho a quién y por qué? —preguntó alguien.

Fran cogió la guitarra y la sujetó como si fuera un arma.

—¿Papá?

—Deja eso —le ordenó la voz.

Un hombre salió de la sombra que proyectaba el rosál.

—No soy el condenado de tu padre. Pero, ya que lo mencionas, me gustaría saber por dónde para.

—Ryan Shoemaker —dijo Fran, y posó la guitarra en el suelo. Otro hombre salió a la luz—. Y Kyle Rainey.

—¿Qué tal, Fran? —preguntó Kyle, y escupió en el suelo—. Como dice Ryan, estamos buscando a tu papi.

—Si llama, ya le diré que habéis venido a verlo.

Ryan encendió un cigarrillo y la miró por encima de la llama del mechero.

—Se lo queríamos preguntar a tu padre, pero supongo que tú también nos podrías ayudar.

—No es muy probable, pero venga. Dime.

—Tu padre se había comprometido a traernos un poco de eso dulce que consigue —contó Kyle—. Sólo que, de vuelta, se puso a rumiar. Y, tratándose de tu padre, eso nunca ha sido buena señal. Nos salió con que Jesús quería que vertiese hasta la última gota y eso es lo que hizo: lo tiró todo por la ventanilla. Si no hubiese sido un tipo con suerte, alguna chispa podría haber prendido, pero supongo que Jesús no quiere mirarlo a la cara todavía.

—Y por si eso fuera poco —siguió Ryan—, cuando llegamos a la tienda, Jesús le mandó entrar en la furgoneta y cargarse todas las botellas de Andy. Cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando, no quedaban más que dos botellas de Kahlua y un paquete de seis botellas de sangría.

—No, una de éstas también la rompió —dijo Kyle—. Y se largó antes de que pudiéramos hablar con él.

—Siento mucho que os haya pasado todo eso —dijo Fran—, pero no sé qué tiene que ver conmigo.

—Lo que tiene que ver es que hemos estado hablando entre nosotros y nos parece que tu papá nos podría permitir la entrada a algunos de los mejores hogares de la zona. Tengo entendido que a los veraneantes les gusta mucho empinar el codo.

—A ver si lo he entendido bien: ¿me estás diciendo que veníais con la esperanza de que mi padre os compensase convirtiéndose en cómplice de allanamiento de morada?

—O quizá le podría pagar a Andy en especias —dijo Ryan—, con un poco de lo bueno.

—Antes tendrá que consultarlo con Jesús —contestó Fran—. Me imagino que es más probable que lo primero, pero tendréis que esperar hasta que Jesús y él estén hartos el uno del otro.

—La cuestión es que no soy un hombre muy paciente. Y es verdad que tu padre no está disponible, pero tú sí. Apuesto a que nos puedes dejar entrar en un par de casas.

—O nos podrías chivar dónde esconde tu padre el alijo rico rico.

—¿Y si no hago ninguna de las dos cosas? —preguntó Fran con los brazos cruzados.

—Vamos a ver, el problema es el siguiente, Fran —dijo Kyle—: Ryan no ha estado de muy buen humor estos días. Ayer le mordió el brazo al ayudante del *sheriff* en un bar. Y por eso no hemos podido venir antes.

Fran dio un paso atrás.

—Espera, espera. Si os digo una cosa, tenéis que prometer que no se lo diréis a mi padre, ¿de acuerdo? Siguiendo por la carretera hay una casa que sólo conocemos él y yo. Allí no vive nadie, así que instaló el alambique en una de las habitaciones. Tiene un montón de cosas almacenadas. Os voy a llevar hasta la casa, pero no podéis decirle nada.

—Claro que no, cielo —dijo Kyle—. No queremos separar a la familia. Sólo conseguir lo que nos merecemos.

Así que Fran se vio caminando de nuevo por la carretera. Se mojó los pies al cruzar el riachuelo y se mantuvo tan lejos de Kyle y Ryan como juzgó prudente.

Al llegar a la casa, Kyle soltó un silbido.

—Esto es como un castillo en ruinas.

—Espera a ver lo que hay dentro.

Los llevó por la parte de atrás y abrió la puerta.

—Disculpad que no haya luz. Siempre estamos con los cortes de electricidad, por eso mi padre suele venir con una linterna. ¿Voy a buscar una?

—Tenemos cerillas —dijo Ryan—. Quédate aquí.

—El alambique está en la habitación de la derecha. Id con cuidado, porque lo tiene montado en una especie de laberinto de periódicos y de cachivaches.

—¡No veas qué oscuro se está aquí a estas horas de la noche! —exclamó Kyle mientras palpaba las paredes del pasillo—. Creo que ésta es la puerta. Desde luego, huele a lo que estoy buscando, así que me dejaré guiar por la nariz. No habrá trampas, ¿verdad?

—No, señor —contestó Fran—. Él mismo habría saltado por los aires unas cuantas veces si así fuera.

—Pues yo prefiero ver por dónde voy —dijo Ryan, y se encendió un cigarrillo.

—Sí, señor.

—¿Hay algún sitio donde mear en esta ruina?

—La tercera puerta a la izquierda, en el piso de arriba. La puerta se atranca un poco.

Fran esperó hasta que supuso que Ryan había llegado arriba y salió por la puerta de atrás sin hacer ruido. Oía a Kyle caminando a tientas hacia el centro de la Habitación de la Reina y se preguntó qué opinaría ella de él. Ophelia no le preocupaba: era una invitada y, en cualquier caso, los del verano no permitían que les ocurriese nada malo a los que cuidaban de ellos.

Cuando salió afuera, una persona del verano estaba tendida en el balancín del porche, sacando punta a un palo con un cuchillo afilado.

—Buenas noches —dijo Fran, y lo saludó con la cabeza.

El personaje del verano ni siquiera la miró. Era uno de los más hermosos, de los que dolía tener que mirar a hurtadillas, porque no los podías observar directamente. Fran estaba convencida de que así era como te atrapaban: como un animalillo delante de los faros de un coche. Al final apartó la mirada y salió como alma que lleva el

diablo por la escalera del porche. Cuando se detuvo y miró atrás, seguía allí sentado, sonriendo y sacando punta al pobre palo.

Al llegar a Nueva York vendió la guitarra. Con lo que le quedaba de los doscientos dólares de su padre había comprado un billete de autobús y un par de hamburguesas en la estación. Con la guitarra consiguió otros seiscientos, que usó para comprar un billete de avión a París, donde conoció a un chico libanés que vivía de okupa en una vieja fábrica. Un día volvió del hotel en el que trabajaba sin contrato y se lo encontró registrándole la mochila: tenía el huevo mono en la mano. Le dio cuerda y lo puso a bailar en el suelo sucio. Lo contemplaron hasta que se le acabó la cuerda y él dijo: «*Très jolie*».

Era unos días después de Navidad y en el pelo se le derretía la nieve que le había caído encima. No tenían calefacción ni agua corriente. Hacía días que tenía una tos terrible. Se sentó junto a su chico, y cuando él empezó a darle cuerda al huevo otra vez, ella levantó la mano para que parase.

No recordaba haberlo metido en la maleta. Claro que era posible que no lo hubiera hecho. ¿Quién sabe si además de sitios para el verano tenían otros para el invierno? No le extrañaría que fuesen grandes viajeros.

Al cabo de unos días el chico libanés se marchó, tal vez en busca de un lugar donde hiciera menos frío. Se llevó el huevo consigo y, después de eso, todo lo que Fran tenía para acordarse de casa era la tienda de campaña que guardaba en el monedero como si fuera un pañuelo sucio.

Han pasado dos años y, de vez en cuando, mientras limpia habitaciones en la pensión, Fran cierra la puerta, monta el pañuelo-tienda y se mete dentro. Mira los dos manzanos por la ventana, el muerto y el vivo, y se dice a sí misma que pronto volverá a casa.

The Summer People

Kelly Link

Fran's daddy woke her up wielding a mister. "Fran," he said, spritzing her like a wilted houseplant. "Fran, honey. Wakey wakey."

Fran had the flu, except it was more like the flu had Fran. In consequence of this, she'd laid out of school for three days in a row. The previous night, she'd taken four NyQuil caplets and gone to sleep on the couch while a man on the TV threw knives. Her head was stuffed with boiled wool and snot. Her face was wet with watered-down plant food. "Hold up," she croaked. "I'm awake!" She began to cough, so hard she had to hold her sides. She sat up.

Her daddy was a dark shape in a room full of dark shapes. The bulk of him augured trouble. The sun wasn't out from behind the mountain yet, but there was a light in the kitchen. There was a suitcase, too, beside the door, and on the table a plate with a mess of eggs. Fran was starving.

Her daddy went on. "I'll be gone some time. A week or three.

Not more. You'll take care of the summer people while I'm gone. The Robertses come up this weekend. You'll need to get their groceries tomorrow or next day. Make sure you check the expiration date on the milk when you buy it, and put fresh sheets on all the beds. I've left the house schedule on the counter and there should be enough gas in the car to make the rounds."

"Wait," Fran said. Every word hurt. "Where are you going?" He sat down on the couch beside her, then pulled something out from under him. He showed her what he held: one of Fran's old toys, the monkey egg. "Now, you know I don't like these. I wish you'd put 'em away."

"There's lots of stuff I don't like," Fran said. "Where you off to?"

"Prayer meeting in Miami. Found it on the Internet," her daddy said. He shifted on the couch, put a hand against her forehead, so cool and soothing it made her eyes leak. "You don't feel near so hot right now."

"I know you need to stay here and look after me," Fran said. "You're my daddy."

"Now, how can I look after you if I'm not right?" he said. "You don't know the things I've done."

Fran didn't know but she could guess. "You went out last night," she said. "You were drinking."

"I'm not talking about last night," he said. "I'm talking about a lifetime."

“That is—” Fran said, and then began to cough again. She coughed so long and so hard she saw bright stars. Despite the hurt in her ribs, and despite the truth that every time she managed to suck in a good pocket of air, she coughed it right back out again, the NyQuil made it all seem so peaceful, her daddy might as well have been saying a poem. Her eyelids were closing. Later, when she woke up, maybe he would make her breakfast.

“Any come around, you tell ’em I’m gone on ahead. Ary man tells you he knows the hour or the day, Fran, that man’s a liar or a fool. All a man can do is be ready.”

He patted her on the shoulder, tucked the counterpane up around her ears. When she woke again, it was late afternoon and her daddy was long gone. Her temperature was 102.3. All across her cheeks, the plant mister had left a red, raised rash.

On Friday, Fran went back to school. Breakfast was a spoon of peanut butter and dry cereal. She couldn’t remember the last time she’d eaten. Her cough scared off the crows when she went down to the county road to catch the school bus.

She dozed through three classes, including calculus, before having such a fit of coughing the teacher sent her off to see the nurse. The nurse, she knew, was liable to call her daddy and send her home. This might have presented a problem, but on the way to the nurse’s station, Fran came upon Ophelia Merck at her locker.

Ophelia Merck had her own car, a Lexus. She and her family had been summer people, except now they lived in their house up at Horse Cove on the lake all year round. Years ago, Fran and Ophelia had spent a summer of afternoons playing with Ophelia’s Barbies while Fran’s father smoked out a wasps’ nest, repainted cedar siding, tore down an old fence. They hadn’t really spoken since then, though once or twice after that summer, Fran’s father brought home paper bags full of Ophelia’s hand-me-downs, some of them still with the price tags.

Fran eventually went through a growth spurt, which put a stop to that; Ophelia was still tiny, even now. And far as Fran could figure, Ophelia hadn’t changed much in most other ways: pretty, shy, spoiled, and easy to boss around. The rumor was her family’d moved full-time to Robbinsville from Lynchburg after a teacher caught Ophelia kissing another girl in the bathroom at a school dance. It was either that or Mr. Merck being up for malpractice, which was the other story, take your pick.

“Ophelia Merck,” Fran said. “I need you to come with me to see Nurse Tannent. She’s going to tell me to go home. I’ll need a ride.”

Ophelia opened her mouth and closed it. She nodded.

Fran’s temperature was back up again, at 102. Tannent even wrote Ophelia a note to go off campus.

“I don’t know where you live,” Ophelia said. They were in the parking lot, Ophelia searching for her keys.

“Take the county road,” Fran said. “129.” Ophelia nodded. “It’s up a ways on Wild Ridge, past the hunting camps.” She lay back against the headrest and closed her eyes.

“Oh, hell. I forgot. Can you take me by the convenience first? I have to get the Robertses’ house put right.”

“I guess I can do that,” Ophelia said.

At the convenience, Fran picked up milk, eggs, whole-wheat sandwich bread, and cold cuts for the Robertses, Tylenol and more NyQuil for herself, as well as a can of frozen orange juice, microwave burritos, and Pop-Tarts. “On the tab,” she told Andy.

“I hear your pappy got himself into trouble the other night,” Andy said.

“That so,” Fran said. “He went down to Florida yesterday morning. He said he needs to get right with God.”

“God ain’t who your pappy needs to get on his good side,” Andy said. Fran pressed her hand against her burning eye. “What’s he done?”

“Nothing that can’t be fixed with the application of some greaze and good manners,” Andy said. “You tell him we’ll see to’t when he come back.”

Half the time her daddy got to drinking, Andy and Andy’s cousin Ryan were involved, never mind it was a dry county. Andy kept all kinds of liquor out back in his van for everwho wanted it and knew to ask. The good stuff came from over the county line, in Andrews. The best stuff, though, was the stuff Fran’s daddy made. Everyone said that Fran’s daddy’s brew was too good to be strictly natural. Which was true. When he wasn’t getting right with God, Fran’s daddy got up to all kinds of trouble. Fran’s best guess was that, in this particular situation, he’d promised to supply something that God was not now going to let him deliver. “I’ll tell him you said so.”

Ophelia was looking over the list of ingredients on a candy wrapper, but Fran could tell she was interested. When they got back into the car Fran said, “Just because you’re doing me a favor don’t mean you need to know my business.”

“Okay,” Ophelia said.

“Okay,” Fran said. “Good. Now mebbe you can take me by the Robertses’ place. It’s over on—”

“I know where the Robertses’ house is,” Ophelia said. “My mom played bridge over there all last summer.”

The Robertses hid their spare key under a fake rock just like everybody else. Ophelia stood at the door like she was waiting to be invited in. “Well, come on,” Fran said.

There wasn’t much to be said about the Robertses’ house. There was an abundance of plaid, and everywhere Toby Jugs and statuettes of dogs pointing, setting, or trotting along with birds in their gentle mouths.

Fran made up the smaller bedrooms and did a hasty vacuum downstairs while Ophelia made up the master bedroom and caught the spider that had made a home in the wastebasket. She carried it outside. Fran didn’t quite have the breath to make fun of her for this. They went from room to room, making sure there were working bulbs in the

light fixtures and that the cable wasn't out. Ophelia sang under her breath while they worked.

They were both in choir, and Fran found herself evaluating Ophelia's voice. A soprano, warm and light at the same time, where Fran was an alto and somewhat froggy even when she didn't have the flu.

"Stop it," she said out loud, and Ophelia turned and looked at her. "Not you," Fran said. She ran the tap water in the kitchen sink until it was clear. She coughed for a long time and spat into the drain. It was almost four o'clock. "We're done here."

"How do you feel?" Ophelia said.

"Like I've been kicked all over," Fran said.

"I'll take you home," Ophelia said. "Is anyone there, in case you start feeling worse?"

Fran didn't bother answering, but somewhere between the school lockers and the Robertses' master bedroom, Ophelia seemed to have decided that the ice was broken. She talked about a TV show, about the party neither of them would go to on Saturday night.

Fran began to suspect that Ophelia had had friends once, down in Lynchburg. She complained about calculus homework and talked about the sweater she was knitting.

She mentioned a girl rock band that she thought Fran might like, even offered to burn her a CD. Several times, she exclaimed as they drove up the county road.

"I'll never get used to it, to living up here year round," Ophelia said. "I mean, we haven't even been here a whole year, but . . . It's just so beautiful. It's like another world, you know?"

"Not really," Fran said. "Never been anywhere else."

"Oh," Ophelia said, not quite deflated by this reply. "Well, take it from me. It's freaking gorgeous here. Everything is so pretty it almost hurts. I love morning, the way everything is all misty. And the trees! And every time the road snakes around a corner, there's another waterfall. Or a little pasture, and it's all full of flowers. All the hollers." Fran could hear the invisible brackets around the word. "It's like you don't know what you'll see, what's there, until suddenly you're right in the middle of it all. Are you applying to college anywhere next year? I was thinking about vet school. I don't think I can take another English class. Large animals. No little dogs or guinea pigs. Maybe I'll go out to California."

Fran said, "We're not the kind of people who go to college."

"Oh," Ophelia said. "You're a lot smarter than me, you know? So I just thought . . ."
"Turn here," Fran said. "Careful. It's not paved."

They went up the dirt road, through the laurel beds, and into the little meadow with the nameless creek. Fran could feel Ophelia suck in a breath, probably trying her hardest not to say something about how beautiful it was. And it was beautiful, Fran knew. You could hardly see the house itself, hidden like a bride behind her veil of climbing vines:

virgin's bower and Japanese honeysuckle, masses of William Baffin and Cherokee roses over growing the porch and running up over the sagging roof. Bumblebees, their legs armored in gold, threaded through the meadow grass, almost too weighed down with pollen to fly.

"It's old," Fran said. "Needs a new roof. My great-granddaddy ordered it out of the Sears catalog. Men brought it up the side of the mountain in pieces, and all the Cherokee who hadn't gone away yet came and watched." She was amazed at herself: next thing she would be asking Ophelia to come for a sleepover.

She opened the car door and heaved herself out, plucked up the poke of groceries. Before she could turn and thank Ophelia for the ride, Ophelia was out of the car as well. "I thought," Ophelia said uncertainly. "Well, I thought maybe I could use your bathroom?"

"It's an outhouse," Fran said, deadpan. Then she relented: "Come on in, then. It's a regular bathroom. Just not very clean."

Ophelia didn't say anything when they came into the kitchen. Fran watched her take it in: the heaped dishes in the sink, the pillow and raggedy quilt on the sagging couch. The piles of dirty laundry beside the efficiency washer in the kitchen. The places where tendrils of vine had found a way inside around the windows. "I guess you might be thinking it's funny," she said. "My pa and me make money doing other people's houses, but we don't take no real care of our own."

"I was thinking that somebody ought to be taking care of you," Ophelia said. "At least while you're sick."

Fran gave a little shrug. "I do fine on my own," she said. "Washroom's down the hall."

She took two NyQuil while Ophelia was gone and washed them down with the last swallow or two of ginger ale out of the refrigerator. Flat, but still cool. Then she lay down on the couch and pulled the counterpane up around her face. She huddled into the lumpy cushions. Her legs ached, her face felt hot as fire. Her feet were ice cold.

A minute later Ophelia sat down beside her.

"Ophelia?" Fran said. "I'm grateful for the ride home and for the help at the Robertses', but I don't go for girls. So don't lez out."

Ophelia said, "I brought you a glass of water. You need to stay hydrated." "Mmm," Fran said.

"You know, your dad told me once that I was going to hell," Ophelia said. "He was over at our house doing something. Fixing a burst pipe, maybe? I don't know how he knew. I was eleven. I don't think I knew, not yet, anyway. He didn't bring you over to play after he said that, even though I never told my mom."

"My daddy thinks everyone is going to hell," Fran said from under the counterpane. "I don't care where I go, as long as it ain't here and he's not there."

Ophelia didn't say anything for a minute or two and she didn't get up to leave, either, so finally Fran poked her head out. Ophelia had a toy in her hand, the monkey egg. She turned it over, and then over again.

"Give here," Fran said. "I'll work it." She wound the filigreed dial and set the egg on the floor. The toy vibrated ferociously. Two pincerlike legs and a scorpion tail made of figured brass shot out of the bottom hemisphere, and the egg wobbled on the legs in one direction and then another, the articulated tail curling and lashing. Portholes on either side of the top hemisphere opened and two arms wriggled out and reached up, rapping at the dome of the egg until that, too, cracked open with a click. A monkey's head, wearing the egg dome like a hat, popped out. Its mouth opened and closed in ecstatic chatter, red garnet eyes rolling, arms describing wider and wider circles in the air until the clockwork ran down and all of its extremities whipped back into the egg again.

"What in the world?" Ophelia said. She picked up the egg, tracing the joins with a finger.

"It's just something that's been in our family," Fran said. She stuck her arm out of the quilt, grabbed a tissue, and blew her nose for maybe the thousandth time. "We didn't steal it from no one, that's what you're thinking."

"No," Ophelia said, and then frowned. "It's just—I've never seen anything like it. It's like a Fabergé egg. It ought to be in a museum."

There were lots of other toys. The laughing cat and the waltzing elephants; the swan you wound up, who chased the dog. Other toys that Fran hadn't played with in years. The mermaid who combed garnets out of her own hair. Bawbees for babies, her mother had called them.

"I remember now," Ophelia said. "When you came and played at my house. You brought a silver minnow. It was smaller than my little finger. We put it in the bathtub, and it swam around and around. You had a little fishing rod, too, and a golden worm that wriggled on the hook. You let me catch the fish, and when I did, it talked. It said it would give me a wish if I let it go."

"You wished for two pieces of chocolate cake," Fran said.

"And then my mother made a chocolate cake, didn't she?" Ophelia said. "So the wish came true. But I could only eat one piece. Maybe I knew she was going to make a cake? Except why would I wish for something that I already knew I was going to get?"

Fran said nothing. She watched Ophelia through slit eyes. "Do you still have the fish?" Ophelia asked.

Fran said, "Somewhere. The clockwork ran down. It didn't give wishes no more. I reckon I didn't mind. It only ever granted little wishes."

"Ha ha," Ophelia said. She stood up. "Tomorrow's Saturday. I'll come by in the morning to make sure you're okay."

"You don't have to," Fran said.

"No," Ophelia said. "I don't have to. But I will."

When you do for other people (Fran's daddy said once upon a time when he was drunk, before he got religion) things that they could do for themselves, but they pay you to do it instead, you both will get used to it.

Sometimes they don't even pay you, and that's charity. At first, charity isn't comfortable, but it gets so it is. After some while, maybe you start to feel wrong when you ain't doing for them, just one more thing, and always one more thing after that. Might be you start to feel as you're valuable. Because they need you. And the more they need you, the more you need them. Things tip out of balance. You need to remember that, Franny. Sometimes you're on one side of that equation, and sometimes you're on the other. You need to know where you are and what you owe. Unless you can balance that out, here is where y'all stay.

Fran, dosed on NyQuil, feverish and alone in her great-grandfather's catalog house, hidden behind walls of roses, dreamed—as she did every night—of escape. She woke every few hours, wishing someone would bring her another glass of water. She sweated through her clothes, and then froze, and then boiled again.

She was still on the couch when Ophelia came back, banging through the screen door. “Good morning!” Ophelia said. “Or maybe I should say good afternoon! It's noon, anyhow. I brought oranges to make fresh orange juice, and I didn't know if you liked sausage or bacon so I got you two different kinds of biscuit.”

Fran struggled to sit up.

“Fran,” Ophelia said. She came and stood in front of the sofa, holding a cat-head biscuit in each hand. “You look terrible.” She brushed her knuckles over Fran's forehead. “You're burning up! I knew I oughtn't've left you here all by yourself! What should I do? Should I take you down to the emergency?”

“No doctor,” Fran said. “They'll want to know where my daddy is. Water?”

Ophelia scampered back to the kitchen. “You need antibiotics. Or something. Fran?”

“Here,” Fran said. She lifted a bill off a stack of mail on the floor, pulled out the return envelope. She plucked out three strands of her hair. She put them in the envelope and licked it shut. “Take this up the road where it crosses the drain,” she said. “All the way up.” She coughed. Dry things rattled around down inside her lungs. “When you get to the big house, go round to the back and knock on the door. Tell them I sent you. You won't see them, but they'll know you come from me. After you knock, you go in. Go upstairs directly, you mind, and put this envelope under the door. Third door down the hall. You'll know which. After that, you oughter wait out on the porch. Bring back whatever they give you.”

Ophelia gave her a look that said Fran was delirious. “Just go,” Fran said. “If there ain't a house, or if there is a house and it ain't the house I'm telling you 'bout, then come back and I'll go to the emergency with you. Or if you find the house, and you're afeared and you can't do what I asked, come back, and I'll go with you. But if you do what I tell you, it will be like the minnow.”

“Like the minnow?” Ophelia said. “I don’t understand.”

“You will. Be bold,” Fran said, and did her best to look cheerful. “Like the girls in those ballads. Will you bring me another glass of water afore you go?”

Ophelia went.

Fran lay on the couch, thinking about what Ophelia would see. From time to time, she raised a curious sort of spyglass—something much more useful than any bawbee—to her eye. Through it she saw first the dirt track, which only seemed to dead-end. Were you to look again, you found your road crossing over the shallow crick, the one climbing the mountain, the drain running away and down. The meadow disappeared again into beds of laurel, then trees hung all over with climbing roses, so that you ascended in drifts of pink and white. A stone wall, tumbled and ruin, and then the big house. The house, dry-stack stone, stained with age like the tumbledown wall, two stories. A slate roof, a long slant porch, carved wooden shutters making all the eyes of the windows blind. Two apple trees, crabbed and old, one laden with fruit and the other bare and silver black. Ophelia found the mossy path between them that wound around to the back door with two words carved over the stone lintel: BE BOLD.

And this is what Fran saw Ophelia do: having knocked on the door, Ophelia hesitated for only a moment, and then she opened it. She called out, “Hello? Fran sent me. She’s ill.

Hello?” No one answered.

So Ophelia took a breath and stepped over the threshold and into a dark, crowded hallway with a room on either side and a staircase in front of her. On the flagstone in front of her were carved the words: BE BOLD, BE BOLD. Despite the invitation, Ophelia did not seem tempted to investigate either room, which Fran thought wise of her. The first test a success. You might expect that through one door would be a living room, and you might expect that through the other door would be a kitchen, but you would be wrong. One was the Queen’s Room. The other was what Fran thought of as the War Room.

Fusty stacks of magazines and catalogs and newspapers, encyclopedias and gothic novels leaned against the walls of the hall, making such a narrow alley that even lickle tiny Ophelia turned sideways to make her way. Dolls’ legs and silverware sets and tennis trophies and mason jars and empty matchboxes and false teeth and still chancier things poked out of paper bags and plastic carriers. You might expect that through the doors on either side of the hall there would be more crumbling piles and more odd jumbles, and you would be right. But there were other things, too. At the foot of the stairs was another piece of advice for guests like Ophelia, carved right into the first riser: BE BOLD, BE BOLD, BUT NOT TOO BOLD.

The owners of the house had been at another one of their frolics, Fran saw. Someone had woven tinsel and ivy and peacock feathers through the banisters. Someone had thumbtacked cut silhouettes and Polaroids and tintypes and magazine pictures on the wall alongside the stairs, layers upon layers upon layers; hundreds and hundreds of eyes watching each time Ophelia set her foot down carefully on the next stair.

Perhaps Ophelia didn't trust the stairs not to be rotted through. But the stairs were safe. Someone had always taken very good care of this house.

At the top of the stairs, the carpet underfoot was soft, almost spongy. Moss, Fran decided. They've redecorated again. That's going to be the devil to clean up. Here and there were white and red mushrooms in pretty rings upon the moss. More bawbees, too, waiting for someone to come along and play with them. A dinosaur, needing only to be wound up, a plastic dime-store cowboy sitting on its brass-and-copper shoulders. Up near the ceiling, two armored dirigibles, tethered to a light fixture by scarlet ribbons. The cannons on these zeppelins were in working order. They'd chased Fran down the hall more than once. Back home, she'd had to tweeze the tiny lead pellets out of her shin. Today, though, all were on their best behavior.

Ophelia passed one door, two doors, stopped at the third door. Above it, the final warning: BE BOLD, BE BOLD, BUT NOT TOO BOLD, LEST THAT THY HEART'S BLOOD RUN COLD.

Ophelia put her hand on the doorknob, but didn't try it. Not afeared, but no fool neither, Fran thought. They'll be pleased. Or will they?

Ophelia knelt down to slide Fran's envelope under the door. Something else happened, too: something slipped out of Ophelia's pocket and landed on the carpet of moss.

Back down the hall, Ophelia stopped in front of the first door. She seemed to hear someone or something. Music, perhaps? A voice calling her name? An invitation? Fran's poor, sore heart was filled with delight. They liked her! Well, of course they did. Who wouldn't like Ophelia?

She made her way down the stairs, through the towers of clutter and junk. Back onto the porch, where she sat on the porch swing, but didn't swing. She seemed to be keeping one eye on the house and the other on the little rock garden out back, which ran up against the mountain right quick. There was even a waterfall, and Fran hoped Ophelia appreciated it. There'd never been no such thing before. This one was all for her, all for Ophelia, who'd opined that waterfalls are freaking beautiful.

Up on the porch, Ophelia's head jerked around, as if she were afraid someone might be sneaking up the back. But there were only carpenter bees, bringing back their satchels of gold, and a woodpecker, drilling for grubs. There was a ground pig in the rumpled grass, and the more Ophelia set and stared, the more she and Fran both saw. A pair of fox kits napping under the laurel. A doe and a fawn teasing runners of bark off young trunks. Even a brown bear, still tufty with last winter's fur, nosing along the high ridge above the house. While Ophelia sat enspelled on the porch of that dangerous house, Fran curled inward on her couch, waves of heat pouring out of her. Her whole body shook so violently her teeth rattled. Her spyglass fell to the floor. Maybe I am dying, Fran thought, and that is why Ophelia came here.

Fran went in and out of sleep, always listening for the sound of Ophelia coming back down. Perhaps she'd made a mistake, and they wouldn't send something to help. Perhaps they wouldn't send Ophelia back at all. Ophelia, with her pretty singing voice,

that shyness, that innate kindness. Her curly hair, silvery blond. They liked things that were shiny. They were like magpies that way. In other ways, too.

But here was Ophelia, after all, her eyes enormous, her face lit up like Christmas. “Fran,” she said. “Fran, wake up. I went there. I was bold! Who lives there, Fran?”

“The summer people,” Fran said. “Did they give you anything for me?”

Ophelia set an object upon the counterpane. Like everything the summer people made, it was right pretty. A lipstick-sized vial of pearly glass, an enameled green snake clasped round, its tail the stopper. Fran tugged at the tail, and the serpent uncoiled. A pole ran out the mouth of the bottle, and a silk rag unfurled. Embroidered upon it were the words drink me.

Ophelia watched this, her eyes glazed with too many marvels. “I sat and waited, and there were two little foxes! They came right up to the porch and went to the door and scratched at it until it opened. They trotted right inside! Then they came out again and one came over to me with the bottle in its jaws. It laid down the bottle right at my feet and they went trotting down the steps as easy as you please and into the woods. Fran, it was like a fairy tale.”

“Yes,” Fran said. She put her lips to the mouth of the vial and drank down what was in it. She coughed, wiped her mouth, and licked the back of her hand.

“I mean, people say something is like a fairy tale all the time,” Ophelia said. “And what they mean is somebody falls in love and gets married. Happy ever after. But that house, those foxes, it really is a fairy tale. Who are they? The summer people?”

“That’s what my daddy calls them,” Fran said. “Except when he gets religious, he calls them devils come up to steal his soul. It’s because they supply him with drink. But he weren’t never the one who had to mind after them. That was my mother. And now she’s gone, and it’s only ever me.”

“You take care of them?” Ophelia said. “You mean like the Robertses?”

A feeling of tremendous well-being was washing over Fran. Her feet were warm for the first time in what seemed like days, and her throat felt coated in honey and balm. Even her nose felt less raw and red. “Ophelia?” she said.

“Yes, Fran?”

“I think I’m going to be much better,” Fran said. “Which is something you done for me. You were brave and a true friend, and I’ll have to think how I can pay you back.”

“I wasn’t—” Ophelia protested. “I mean, I’m glad I did. I’m glad you asked me. I promise I won’t tell anyone.”

If you did, you’d be sorry, Fran thought but didn’t say. “Ophelia? I need to sleep. And then, if you want, we can talk. You can even stay here while I sleep. If you want. I don’t care if you’re a lesbian. There are Pop-Tarts on the kitchen counter. And those two biscuits you brung. I like sausage. You can have the one with bacon.”

She fell asleep before Ophelia could say anything else.

The first thing she did when she woke up was run a bath. In the mirror, she took a quick inventory. Her hair was lank and greasy, all witchy knots. There were circles under her eyes, and her tongue, when she stuck it out, was yellow. When she was clean and dressed again, her jeans were loose and she could feel all her bones. "I could eat a whole mess of food," she told Ophelia. "But a cat-head and a couple of Pop-Tarts will do for a start."

There was fresh orange juice, and Ophelia had poured it into a stoneware jug. Fran decided not to tell her that her daddy used it as a sometime spittoon.

"Can I ask you some more about them?" Ophelia said. "You know, the summer people?"

"I don't reckon I can answer every question," Fran said. "But go on."

"When I first got there," Ophelia said, "when I went inside, at first I decided that it must be a shut-in. One of those hoarders. I've watched that show, and sometimes they even keep their own poop. And dead cats. It's just horrible.

"Then it just kept on getting stranger. But I wasn't ever scared. It felt like there was somebody there, but they were happy to see me."

"They don't get much in the way of company," Fran said.

"Yeah, well, why do they collect all that stuff? Where does it come from?"

"Some of it's from catalogs. I have to go down to the post office and collect it for them. Sometimes they go away and bring things back. Sometimes they tell me they want something and I get it for them. Mostly it's stuff from the Salvation Army. Once I had to buy a hunnert pounds of copper piping."

"Why?" Ophelia said. "I mean, what do they do with it?"

"They make things," Fran said. "That's what Ma called them, makers. I don't know what they do with it all. They give away things. Like the toys. They like children. When you do things for them, they're beholden to you."

"Have you seen them?" Ophelia said.

"Now and then," Fran said. "Not so often. Not since I was much younger. They're shy."

Ophelia was practically bouncing on her chair. "You get to look after them? That's the best thing ever! Have they always been here?"

Fran hesitated. "I don't know where they come from. They aren't always there. Sometimes they're . . . somewhere else. Ma said she felt sorry for them. She thought maybe they couldn't go home, that they'd been sent off, like the Cherokee, I guess. They live a lot longer, maybe forever, I don't know. I expect time works different where they come from. Sometimes they're gone for years. But they always come back. They're summer people. That's just the way it is with summer people."

“Like how we used to come and go,” Ophelia said. “That’s how you used to think of me. Like that. Now I live here.”

“You can still go away, though,” Fran said, not caring how she sounded. “I can’t. It’s part of the bargain. Whoever takes care of them has to stay here. You can’t leave. They don’t let you.”

“You mean, you can’t leave, ever?”

“No,” Fran said. “Not ever. Ma was stuck here until she had me. And then when I was old enough, I took over. She went away.”

“Where did she go?”

“I’m not the one to answer that,” Fran said. “They gave my ma a tent folds up no bigger than a kerchief. It sets up the size of a two-man tent, but on the inside, it’s teetotally different, a cottage with two brass beds and a chifferobe to hang your things up in, and a table, and windows with glass in them. When you look out one of the windows, you see wherever you are, and when you look out the other window, you see them two apple trees, the ones in front of the house with the moss path between them?”

Ophelia nodded.

“Well, my ma used to bring out that tent for me and her when my daddy had been drinking. Then Ma passed the summer people on to me, and on a morning after we spent the night in that tent, I woke up and saw her climb out that window. The one that shouldn’t ought to be there. She disappeared down that path. Mebbe I should’ve followed on after her, but I stayed put.”

“Where did she go?” Ophelia said.

“Well, she ain’t here,” Fran said. “That’s what I know. So I have to stay here in her place. I don’t expect she’ll be back, neither.”

“She shouldn’t have left you behind,” Ophelia said. “That was wrong, Fran.”

“I wish I could get away for just a little while,” Fran said. “Maybe go out to San Francisco and see the Golden Gate Bridge. Stick my toes in the Pacific. I’d like to buy me a guitar and play some of them old ballads on the streets. Just stay a little while, then come back and take up my burden again.”

“I’d sure like to go out to California,” Ophelia said. They sat in silence for a minute.

“I wish I could help out,” Ophelia said. “You know, with that house and the summer people. You shouldn’t have to do everything, not all of the time.”

“I already owe you,” Fran said, “for helping with the Robertses’ house. For looking in on me when I was ill. For what you did when you went up to fetch me help.”

“I know what it’s like when you’re all alone,” Ophelia said. “When you can’t talk about stuff. And I mean it, Fran. I’ll do whatever I can to help.”

“I can tell you mean it,” Fran said. “But I don’t think you know what it is you’re saying. If you want, you can go up there again one more time. You did me a favor, and I don’t

know how else to pay you back. There's a bedroom up in that house and if you sleep in it, you see your heart's desire. I could take you back tonight and show you that room. And anyhow, I think you lost a thing up there."

"I did?" Ophelia said. "What was it?" She reached down in her pockets. "Oh, hell. My iPod. How did you know?"

Fran shrugged. "Not like anybody up there is going to steal it. Expect they'd be happy to have you back up again. If they didn't like you, you'd know it already."

Fran was straightening up her and her daddy's mess when the summer people let her know they needed a few things. "Can't I have just a minute to myself?" she grumbled.

They told her that she'd had a good four days. "And I surely do appreciate it," she said, "considering I was laid so low." But she put the skillet down in the sink to soak and wrote down what they wanted.

She tidied away all of the toys, not quite sure what had come over her to take them out. Except that when she was sick, she always thought of Ma. There was nothing wrong with that.

When Ophelia came back at five, she had her hair in a ponytail and a flashlight and a thermos in her pocket, like she thought she was Nancy Drew.

"It gets dark up here so early," Ophelia said. "I feel like it's Halloween or something. Like you're taking me to the haunted house."

"They ain't haints," Fran said. "Nor demons nor any such thing. They don't do no harm unless you get on the wrong side of 'em. They'll play a prank on you then, and count it good fun."

"Like what?" Ophelia said.

"Once I did the warshing up and broke a teacup," Fran said. "They'll sneak up and pinch you." She still had marks on her arms, though she hadn't broken a plate in years. "Lately, they been doing what all the people up here like to do, that reenacting. They set up their battlefield in the big room downstairs. It's not the War Between the States. It's one of theirs, I guess. They built themselves airships and submersibles and mechanical dragons and knights and all manner of wee toys to fight with. Sometimes, when they get bored, they get me up to be their audience, only they ain't always careful where they go pointing their cannons."

She looked at Ophelia and saw she'd said too much. "Well, they're used to me. They know I don't have no choice but to put up with their ways."

That afternoon, she'd had to drive over to Chattanooga to visit a particular thrift store. They'd sent her for a used DVD player, riding gear, and all the bathing suits she could buy up. Between that and paying for gas, she'd gone through seventy dollars. And the service light had been on the whole way. At least it wasn't a school day. Hard to explain you were cutting out because voices in your head were telling you they needed a saddle.

She'd gone on ahead and brought it all up to the house after. No need to bother Ophelia with any of it. The iPod had been lying right in front of the door.

“Here,” she said. “I brought this back down.”

“My iPod!” Ophelia said. She turned it over. “They did this?”

The iPod was heavier now. It had a little walnut case instead of pink silicone, and there was a figure inlaid in ebony and gilt.

“A dragonfly,” Ophelia said.

“A snake doctor,” Fran said. “That’s what my daddy calls them.” “They did this for me?”

“They’d embellish a bedazzled jean jacket if you left it there,” Fran said. “No lie. They can’t stand to leave a thing alone.”

“Cool,” Ophelia said. “Although my mom is never going to believe me when I say I bought it at the mall.”

“Just don’t take up anything metal,” Fran said. “No earrings, not even your car keys. Or you’ll wake up and they’ll have smelted them down and turned them into doll armor or who knows what all.”

They took off their shoes when they got to where the road crossed the drain. The water was cold with the last of the snowmelt. Ophelia said, “I feel like I ought to have brought a hostess gift.”

“You could pick them a bunch of wildflowers,” Fran said. “But they’d be just as happy with a bit of kyarn.”

“Yarn?” Ophelia said.

“Roadkill,” Fran said. “But yarn’s okay.”

Ophelia thumbed the wheel of her iPod. “There’s songs on here that weren’t here before.” “They like music, too,” Fran said.

“What you were saying about going out to San Francisco to busk,” Ophelia said. “I can’t imagine doing that.”

“Well,” Fran said, “I won’t ever do it, but I think I can imagine it okay.”

When they got up to the house, deer were grazing on the green lawn. The living tree and the dead were touched with the last of the daylight. Chinese lanterns hung in rows from the rafters of the porch.

“You need to come at the house from between the trees,” Fran said. “Right on the path. Otherwise, you don’t get nowhere near it. And I don’t ever use but the back door.”

She knocked at the back door. BE BOLD, BE BOLD. “It’s me again,” she said. “And Ophelia. The one who left the iPod.”

She saw Ophelia open her mouth and went on hastily, “Don’t. They don’t like it when you thank them. It’s poison to them. Come on in. Mi casa es su casa. I’ll give you the grand tour.”

They stepped over the threshold, Fran first.

“There’s the pump room out back where I do the wash,” she said. “There’s a big ole stone oven for baking in, and a pig pit, though why I don’t know. They don’t eat meat. But you prob’ly don’t care about that.”

“What’s in this room?” Ophelia said.

“Hunh,” Fran said. “Well, first, it’s a lot of junk. They just like to accumulate junk. Way back in there, though, is what I expect is a queen.”

“A queen?”

“Well, that’s what I call her. You know how in a beehive, way down in the combs, you have the queen and all the worker bees attend on her?

“Far as I can tell, that’s what’s in there. She’s real big and not real pretty, and they are always running in and out of there with food for her. I don’t think she’s teetotally growed up yet. For a while now I’ve been thinking on what Ma said, about how maybe these summer people got sent off. Bees do that, too, right? Go off and make a new hive when there are too many queens?”

“I think so,” Ophelia said.

“The queen’s where my daddy gets his liquor, and she don’t bother him none. They have some kind of still set up in there, and every once in a while when he ain’t feeling too religious, he goes in and skims off a little bitty bit. It’s awful sweet stuff.”

“Are they, uh, are they listening to us right now?”

In response came a series of clicks from the War Room. Ophelia jumped. “What’s that?” she said.

“Remember I told you ’bout the reenactor stuff?” Fran said. “Don’t get spooked. It’s pretty cool.”

She gave Ophelia a little push into the War Room.

Of all the rooms in the house, this one was Fran’s favorite, even if they dive-bombed her sometimes with the airships, or fired off the cannons without much thought for where she was standing. The walls were beaten tin and copper, scrap metal held down with twopenny nails. Molded forms lay on the floor representing scaled-down mountains, forests, and plains where miniature armies fought desperate battles. There was a kiddy pool over by the big picture window with a machine in it that made waves. There were little ships and submersibles, and occasionally one of the ships sank, and bodies would go floating over to the edges. There was a sea serpent made of tubing and metal rings that swam endlessly in a circle. There was a sluggish river, too, closer to the door, that ran red and stank and stained the banks. The summer people were always setting up miniature bridges over it, then blowing the bridges up.

Overhead were the fantastic shapes of the dirigibles, and the dragons that were hung on string and swam perpetually through the air above your head. There was a misty globe, too, suspended in some way that Fran could not figure, and lit by some unknown source. It stayed up near the painted ceiling for days at a time and then sunk down behind the plastic sea according to some schedule of the summer people's.

"I went to a house once," Ophelia said. "Some friend of my father's. An anesthesiologist? He had a train set down in his basement and it was crazy complicated. He would die if he saw this."

"Over there is a queen, I think," Fran said. "All surrounded by her knights. And here's another one, much smaller. I wonder who won, in the end."

"Maybe it's not been fought yet," Ophelia said. "Or maybe it's being fought right now."

"Could be," Fran said. "I wish there was a book told you everything that went on. Come on. I'll show you the room you can sleep in."

They went up the stairs. BE BOLD, BE BOLD, BUT NOT TOO BOLD. The moss carpet on the second floor was already looking a little worse for wear. "Last week I spent a whole day scrubbing these boards on my hands and knees. So of course next thing they go and pile up a bunch of dirt and stuff. They won't be the ones have to pitch in and clean it up."

"I could help," Ophelia said. "If you want."

"I wasn't asking for help. But if you offer, I'll accept. The first door is the washroom," Fran said. "Nothing queer about the toilet. I don't know about the bathtub, though. Never felt the need to sit in it."

She opened the second door. "Here's where you sleep."

It was a gorgeous room, all shades of orange and rust and gold and pink and tangerine. The walls were finished in leafy shapes and vines cut from all kinds of dresses and T-shirts and what have you. Fran's ma had spent the better part of a year going through thrift stores, choosing clothes for their patterns and textures and colors. Gold-leaf snakes and fishes swam through the leaf shapes. When the sun came up in the morning, Fran remembered, it was almost blinding.

There was a crazy quilt on the bed, pink and gold. The bed itself was shaped like a swan. There was a willow chest at the foot of the bed to lay out your clothes on. The mattress was stuffed with the down of crow feathers. Fran had helped her mother shoot the crows and pluck their feathers. She thought they'd killed about a hundred.

"Wow," Ophelia said. "I keep saying that. Wow, wow, wow."

"I always thought it was like being stuck inside a bottle of orange Nehi," Fran said. "But in a good way."

"I like orange Nehi," Ophelia said. "But this is like outer space."

There was a stack of books on the table beside the bed. Like everything else in the room, all the books had been picked out for the colors on their jackets. Fran's ma had

told her how once the room had been another set of colors. Greens and blues, maybe? Willow and peacock and midnight colors? And who had brought the bits up for the room that time? Fran's great-grandfather or someone even further along the family tree? Who had first begun to take care of the summer people? Her mother had doled out stories sparingly, and so Fran had only a piecemeal sort of history.

Hard to figure out what would please Ophelia to hear anyway, and what would trouble her. All of it seemed pleasing and troubling to Fran, in equal measure after so many years.

"The door you slipped my envelope under," she said, finally. "You oughtn't ever go in there."

Ophelia looked interested. "Like Bluebeard," she said.

Fran said, "It's how they come and go. Even they don't open that door very often, I guess." She'd peeped through the keyhole once and seen a bloody river. She bet if you passed through that door, you weren't likely to return.

"Can I ask you another stupid question?" Ophelia said. "Where are they right now?"

"They're here," Fran said. "Or out in the woods chasing nightjars. I told you I don't see them much."

"So how do they tell you what they need you to do?"

"They get in my head," Fran said. "It's hard to explain. They just get in there and poke at me. Like having a really bad itch or something that goes away when I do what they want me to."

"Oh, Fran," Ophelia said. "Maybe I don't like your summer people as much as I thought I did."

Fran said, "It's not always awful. I guess what it is, is complicated."

"I guess I won't complain the next time my mom tells me I have to help her polish the silver. Should we eat our sandwiches now, or should we save them for when we wake up in the middle of the night?" Ophelia asked. "I have this idea that seeing your heart's desire probably makes you hungry."

"I can't stay," Fran said, surprised. She saw Ophelia's expression and said, "Well, hell. I thought you understood. This is just for you."

Ophelia continued to look at her dubiously. "Is it because there's just the one bed? I could sleep on the floor. You know, if you're worried I might be planning to lez out on you."

"It isn't that," Fran said. "They only let a body sleep here once. Once and no more."

"You're going to leave me up here alone?" Ophelia said.

"Yes," Fran said. "Unless you decide you want to come back down with me. If you're afraid."

"If I did, could I come back another time?" Ophelia said. "No."

Ophelia sat down on the golden quilt and smoothed it with her fingers. She chewed her lip, not meeting Fran's eye.

"Okay. I'll do it." She laughed. "How could I not do it? Right?" "If you're sure," Fran said.

"I'm not sure, but I couldn't stand it if you sent me away now," Ophelia said. "When you slept here, were you afraid?"

"A little," Fran said. "But the bed was comfortable, and I kept the light on. I read for a while and then I fell asleep."

"Did you see your heart's desire?" Ophelia said. "I saw it," Fran said, and then said no more.

"Okay, then," Ophelia said. "I guess you should go. You should go, right?" "I'll come back in the morning," Fran said. "I'll be here afore you even wake." "Thanks," Ophelia said.

But Fran didn't go. She said, "Did you mean it when you said you wanted to help?"

"Look after the house?" Ophelia said. "Yeah, absolutely. You really ought to go out to San Francisco someday. You shouldn't have to stay here your whole life without ever having a vacation or anything. I mean, you're not a slave, right?"

"I don't know what I am," Fran said. "I guess one day I'll have to figure that out."

Ophelia said, "Anyway, we can talk about it tomorrow. Over breakfast. You can tell me about the suckiest parts of the job and I'll tell you what my heart's desire turns out to be."

"Oh," Fran said. "I almost forgot. When you wake up tomorrow, don't be surprised if they've left you a gift. The summer people. It'll be something they think you need or want. But you don't have to accept it. You don't have to worry about being rude that way."

"Okay," Ophelia said. "I will consider whether I really need or want my present. I won't let false glamour deceive me."

"Good," Fran said. Then she bent over Ophelia where she was sitting on the bed and kissed her on the forehead. "Sleep well, 'Phelia. Good dreams."

Fran left the house without any interference from the summer people. She couldn't tell if she'd expected to find any. As she came down the stairs, she said rather more fiercely than she'd meant to: "Be nice to her. Don't play no tricks." She looked in on the queen, who was molting again.

She went out the front door instead of the back, which was something she'd always wanted to do. Nothing bad happened, and she walked down the hill feeling strangely put out. She went over everything in her head, wondering what still needed doing that she hadn't done. Nothing, she decided. Everything was taken care of.

Except, of course, it wasn't. The first item was the guitar, leaned up against the door of her house. It was a beautiful instrument. The strings, she thought, were silver. When she struck them, the tone was pure and sweet and reminded her—as it was no doubt meant to—of Ophelia's singing voice. The keys were made of gold and shaped like owl heads, and there was mother-of-pearl inlay across the boards like a spray of roses. It was the gaudiest gewgaw they'd yet made her a gift of.

"Well, all right," she said. "I guess you don't mind what I told her." She laughed out loud with relief.

"Why everwho did you tell what?" someone said.

She picked up the guitar and held it like a weapon in front of her. "Daddy?"

"Put that down," the voice said. A man stepped forward out of the shadow of the rosebushes. "I'm not your damn daddy. Although, come to think of it, I would like to know where he is."

"Ryan Shoemaker," Fran said. She put the guitar down on the ground. A second man stepped forward. "And Kyle Rainey."

"Howdy, Fran," said Kyle. He spat. "We were lookin' for your pappy, like Ryan says." "If he calls I'll let him know you were up here looking for him," Fran said.

Ryan lit up a cigarette, looked at her over the flame. "It was your daddy we wanted to ask, but I guess you could help us out instead."

"It don't seem likely somehow," Fran said. "But go on."

"Your daddy was meaning to drop off some of the sweet stuff the other night," Kyle said. "Only, he started thinking about it on the drive down, and that's never been a good idea where your daddy is concerned. He decided Jesus wanted him to pour out every last drop, and that's what he did all the way down the mountain. If he weren't a lucky man, some spark might've cotched while he were pouring, but I guess Jesus don't want to meet him face-to-face just yet."

"And if that weren't bad enough," Ryan said, "when he got to the convenience, Jesus wanted him to get into the van and smash up all Andy's liquor, too. Time we realized what was going on, there weren't much left besides two bottles of Kahlua and a six-pack of wine coolers."

"One of them smashed, too," Kyle said. "And then he took off afore we could have a word with him."

"Well, I'm sorry for your troubles, but I don't see what it has to do with me," Fran said.

"What it has to do is we conferred some about it. Seems to us your pappy could provide us with entrée to some of the finest homes in the area. I hear summer people like their tipples."

"So then," Fran said, "if I have this right, you're hoping my daddy will make his restitution by becoming your accessory in breaking and entering."

"Or he could pay poor Andy back in kind," Ryan said. "With some of that good stuff."

“He’ll have to run that by Jesus,” Fran said. “I ’spect it’s a better bet than the other, but you might have to wait till he and Jesus have had enough of each other.”

“The thing is,” Ryan said, “I’m not a patient man. And it may be so that your pappy is out of our reach at present moment, but here you are. And I’m guessing you can get us into a house or two.”

“Or you could point us in the direction of your daddy’s private stash,” Kyle said. “And if I don’t choose to do neither?” Fran asked, crossing her arms.

“Here’s the kicker, so to speak, Fran,” Kyle said. “Ryan has not been in a good mood these last few days. He bit a sheriff’s deputy on the arm last night in a bar. Which is why we weren’t up here sooner.”

Fran stepped back. “Wait up. Okay? I’ll tell you a thing if you promise not to tell my daddy. Okay? There’s an old house farther up the road that nobody except me and my daddy knows about. Nobody lives there, and so my daddy put his still up in it. He’s got all sorts of articles stashed up there. I’ll take you up. But you can’t tell him what I done.”

“Course not, darlin’,” Kyle said. “We don’t aim to cause a rift in the family. Just to get what we have coming.”

And so Fran found herself climbing right back up that same road. She got her feet wet crossing the drain but kept as far ahead of Kyle and Ryan as she dared.

When they got up to the house, Kyle whistled. “Fancy sort of ruin.”

“Wait’ll you see what’s inside,” Fran said. She led them around to the back, then held the door open. “Sorry about the lights. The power goes off more than it stays on. My daddy usually brings up a flashlight. Want me to fetch one?”

“We got matches,” Ryan said. “You stay right there.”

“The still is in the room over on the right. Mind how you go. He’s got it set up in a kind of maze, with the newspapers and all.”

“Dark as hell at the damned stroke of midnight,” Kyle said. He felt his way down the hall. “I think I’m at the door. Sure enough, smells like what I’m lookin’ for. Guess I’ll just follow my nose. No booby traps or nothing like that?”

“No, sir,” Fran said. “He’d’ve blowed himself up a long time before now if he tried that.”

“I might as well take in the sights,” Ryan said, the lit end of his cigarette flaring.

“Yes, sir,” Fran said.

“And might there be a pisser in this heap?”

“Third door on the left, once you go up,” Fran said. “The door sticks some.”

She waited until he was at the top of the stairs before she slipped out the back door again. She could hear Kyle fumbling toward the center of the Queen’s Room. She

wondered what the queen would make of Kyle. She wasn't worried about Ophelia at all. Ophelia was an invited guest. And anyhow, the summer people didn't let anything happen to the ones who looked after them.

One of the summer people was sprawled on the porch swing when she came out. He was whittling a stick with a sharp knife.

"Evening," Fran said and bobbed her head.

The summer personage didn't even look up at her. He was one of the ones so pretty it almost hurt to peep at him, but you couldn't not stare, neither. That was one of the ways they cotched you, Fran figured. Like wild animals when someone shone a light at them. She finally tore her gaze away and ran down the stairs like the devil was after her. When she stopped to look back, he was still setting there, smiling and whittling that poor stick down.

She sold the guitar when she got to New York City. What was left of her daddy's two hundred dollars had bought her a Greyhound ticket and a couple of burgers at the bus station. The guitar got her six hundred more, and she used that to buy a ticket to Paris, where she met a Lebanese boy who was squatting in an old factory. One day she came back from her under-the-table job at a hotel and found him looking through her backpack. He had the monkey egg in his hand. He wound it up and put it down on the dirty floor to dance. They both watched until it ran down. "Très joli," he said.

It was a few days after Christmas, and there was snow melting in her hair. They didn't have heat in the squat, or even running water. She'd had a bad cough for a few days. She sat down next to her boy, and when he started to wind up the monkey egg again, she put her hand out to make him stop.

She didn't remember packing it. And of course, maybe she hadn't. For all she knew, they had winter places as well as summer places. She would bet they got around.

A few days later, the Lebanese boy ran off, no doubt looking for someplace warmer. The monkey egg went with him. After that, all she had to remind herself of home was the tent that she kept folded up like a dirty handkerchief in her wallet.

It's been two years, and every now and again while Fran is cleaning rooms in the pension, she closes the door and sets up the kerchief tent and gets inside. She looks out the window at the two apple trees, the dead one and the living. She tells herself that one day soon she will go home again.